

ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

AÑO IV--TOMO IX

MONTEVIDEO, AGOSTO 5 DE 1885

NÚMERO 48

Memorias de Lord Cochrane

(NAVAL SERVICES IN CHILE, PERÚ AND BRAZILS BY THE EARL OF DUNDONAL,
2. VOL., LONDON)

POR EL SEÑOR DON AMBROSIO MONTT (1860)

I

Vamos á dar cuenta al lector, no de un libro de historia ó de literatura, sino de los recuerdos de un militar ilustre, de esas relaciones sencillas y sin pretensiones que tanto gusta narrar á los viejos guerreros y tanto agrada escuchar á los jóvenes amantes de la gloria. No espere el lector descripciones pomposas, observaciones profundas, frases elegantes ni brillo ó aparato literario. Lord Cochrane no es un autor, ni es un académico; es mucho más que eso: es el marino intrépido y afortunado de *Aix-Roads*, de *Valdivia*, de la *Esmeralda*, de *Bahía* y de *Grecia*, fundador de imperio, reino y repúblicas.

Con frecuencia oimos á los hombres de imaginacion lamentarse del positivismo de estos tiempos y echar ménos las audaces empresas, las extraordinarias aventuras de la edad media. La materia, dicen, marcha hoy en ferro-carril, corre, vuela, pero las almas andan muy despacio y los espíritus parecen como pegados á la superficie de la tierra. Tal es, en verdad, el carácter de la época. Pero ¿cuándo se han visto hombres más audaces y emprendedores que en este siglo XIX? ¿Qué historia de la edad media puede compararse á la historia del medio siglo corrido en materia de revoluciones prodigiosas, de elevaciones y caídas, de sucesos inesperados, de trastornos maravillosos? A principios del siglo hemos visto á un soldado empuñar el cetro de Luis XIV, y á sus tenientes, hijos

todos del pueblo, ocupar los más hermosos tronos de Europa. Después, nos ha asombrado la elevación de los talentos plebeyos y la caída de los títulos y grandezas aristocráticas. La Francia y la España han sido gobernadas, durante todo el siglo, por el genio y la espada de los plebeyos. En 1822 tres poetas, Canning, Chateaubriand y Martínez de la Rosa, llevan el timón de los negocios de gobierno. En 1848, Kossuth y Lamartine fijan las miradas de la Europa atónita y revolucionada. Estos hombres de idilios y discursos echan fuera y se sustituyen á los Metternich y á los Guizot. Y por fin, ha venido á eclipsar á todos un hombre cuya vida es un cuento maravilloso, á cuyo lado parecen frías y lánguidas las figuras de los cruzados, un hombre que ha sido sucesivamente oficial en Suiza, gendarme en Londres, conspirador en Boloña y Estrasburgo, proscrito en América, prisionero en Ham, diputado en 48, presidente después, luego emperador, luego vencedor de Sebastopol, luego conquistador de Italia, y ahora nada menos que el árbitro de la Europa. En verdad, es preciso ir á los tiempos heroicos, á la mitología misma, si queremos hallar hombres y hechos más extraordinarios que los de este siglo XIX, que algunos acusan de tan vulgar, de tan mediano, de tan mezquino.

Lord Cochrane es sin duda uno de los héroes de la Iliada contemporánea. Su vida es una leyenda, un poema escrito con la punta del sable. Desde el año 1786, en que entró en el servicio con su tío el almirante Cochrane, hasta el año de 1854; tres cuartos de siglo! en que se ofrecía á bloquear y tomar á Cronstadt, nuestro héroe no ha dejado de ser un operario activo de la gloria, un soldado siempre dispuesto á batirse, un aliado constante de todas las buenas y bellas causas. A los ochenta y cinco años, viejo ya, pero fuerte de alma y de cuerpo, deja la espada, renuncia, aunque á pesar suyo, á la vida activa, toma una pluma y escribe las memorias de su carrera militar.

No hay quizá, en todo el campo de la literatura, una materia más bolla y rica que la historia de grandes hechos militares que han dado por resultado grandes hechos políticos. Tales escritos reúnen todos los atractivos, todos los diferentes géneros de interés. ¿Os gusta el estrépito de las armas, los azares de la lucha, las zozobras de un conflicto indeciso, el alborozo de la victoria? Pues ahí tenéis un asalto, un combate naval. Nada hay de más terrible y grandioso. Combatir en el océano es lo mismo que luchar en un desfiladero, al borde de un precipicio, de un abismo. Es preciso

tener un ojo á la vista del enemigo, y el otro á la vista del abismo. No hay salvación y escape sino en la victoria. La muerte está delante y está detrás. Enfrente tenéis una espada: al rededor tenéis la soledad y el desamparo del océano. Crece el conflicto, aumenta el interés si el soldado que combate es también jefe que piensa, manda y asume la responsabilidad de la batalla, de la que depende quizás la gloria, la integridad, la independencia de una nación. En semejantes ocasiones es cuando se despliegan todas las energías del alma, todos los poderes de la inteligencia y del carácter, el valor, el pensamiento, la combinación en medio del arrojo, la cautela al lado de la decisión, la sangre fría junto con el furor del coraje. Por esto se ha dicho que un grande hombre encierra la virtud y la acción de muchos hombres superiores.

No es, pues, de extrañar que nos interesen tanto las relaciones que de sus campañas nos hacen los capitanes eminentes. ¿Cómo podría presentar el mismo atractivo la pluma del historiador? En la historia leemos las batallas: en las memorias las vemos, las presenciarnos, asistimos en cierto modo al combate y como que oímos el estruendo y la algazara de los guerreros. Por más grande que sea el poder del arte, nunca llega á tomar el color local, la verdad, la realidad de las cosas. Siempre se deja ver, por aquí ó por allá, donde ménos se lo imagina el historiador, la frase académica, la pintura, el barniz, mil adornos extraños á la severa y hermosa sencillez de la verdad. Ved, por ejemplo, un gran artista y un gran capitán, Thiers y Federico. El Rey de Prusia no posee ni el brillo, ni la elegancia, ni el colorido del historiador francés. Por el contrario, su relación abunda en detalles, en términos técnicos, en repeticiones fastidiosas. Pero llega el momento del combate, y ya no veis al escritor ni al literato: entonces sólo aparece, viva y como andando, la figura del soldado, del capitán, del vencedor de Rosbach. Nos asociamos á sus zozobras, á sus esperanzas, á sus reveses, á sus victorias. Thiers pinta y describe: Federico representa el drama mismo de la guerra. El historiador francés nos hace leer: el héroe prusiano nos hace ver: el uno hace de la historia un libro; el otro hace de la historia un teatro con todos sus caracteres, su acción, su vida, su movimiento.

Si la historia no fuera más que la relación de las batallas y de los campamentos, diríamos á los literatos y á los sabios: haced libros de jurisprudencia, de política; haced poemas y dramas: no escribais la historia. Un soldado, no decimos Jenofonte, César ó

Napoleon, un soldado cualquiera, Bernal Diaz del Castillo, por ejemplo, la escribe mejor que un académico de Sorbona. — Pero las batallas no son la historia, sino el drama de la historia. Es preciso explicar los sucesos, sondear los planes de los políticos, pedir á los hechos su razon, á los efectos sus causas, á las palabras su sentido, al pensamiento su verdad. Y esto no lo hace el sable: lo hace la pluma; no lo comprende el militar: lo comprende el filósofo, el pensador.

Así que tuvimos noticia de las «Memorias de Lord Cochrane», nos lisonjeó la esperanza de leer un verdadero poema militar, una leyenda que tiene por teatro el océano. ¡Qué vida, la del marino inglés! En 1797, siendo capitán del *Queen Charlotte*, barco débil y mediano, recobra una presa del enemigo, y pone en fuga á dos buques mayores. En 1801, siendo comandante del *Speedy*, de 14 cañones, se bate y toma el *Gamo*, fragata española de 32 cañones y de más de 300 hombres de tripulación. Poco despues ataca una flota española, destruye algunos buques y apresa otros, con su *Speedy* y otro bajel de igual poder.

Ya ésta y otras proezas habían dado al nombre de Cochrane una celebridad que pasaba los lindes de la Gran Bretaña. En 1809 el almirantazgo le encarga la difícil empresa de tomar ó destruir la flota francesa refugiada en las aguas de Rochefort. El Almirante Gambier manda en jefe; pero Lord Cochrane es quien combina y lleva á cabo esa audaz expedición. De once navíos que mandaba el almirante francés Allemand, perdió cuatro, consumidos por el fuego de los brulotes ingleses. «El resultado más positivo de esta expedición, dice Thiers (*Consulado é Imperio*, tomo 11, página 146), fué el de intimidar profundamente todas nuestras flotas surtas en las radas, y una especie de desarreglo de espíritu en la mayor parte de nuestros jefes de escuadra, que donde quiera veían brulotes é imaginaban, para librarse de ellos, las más singulares precauciones. El ministro Decrés, á pesar de sus raras luces, no se vió exento de esta fuerte emoción. . . . » En efecto, la audacia de la empresa y la terrible sangre fría de la ejecución eran para atemorizar á más esforzados marinos que los franceses del Imperio, abatidos por infinitos reveses. La expedición de Rochefort sólo puede compararse á la que con tanto éxito llevó á cabo Belisario, en el siglo V, contra la armada de los vándalos en las aguas de Cartago. Thiers olvida sin duda ese memorable acontecimiento, cuando afirma que la empresa de Rochefort «no tiene ejemplo en la historia.»

La paz de 1814 y una ruidosa causa, que tuvo lugar en la misma época, interrumpieron la carrera militar de Lord Cochrane. En una gaceta de Lóndres hemos visto, no ha mucho, el juicio crítico de una obra en que el ilustre marino se justifica de las imputaciones que le hicieron sus enemigos. El libro, titulado *Autobiography of a seaman*, no ha llegado aún á nuestro poder y no podemos decir si Lord Cochrane es tan hábil abogado como intrépido militar. Pero sí podemos afirmar que Lord Cochrane ha sido más culpado que culpable, más perseguido por la pasión que por la justicia y la ley. Lo mismo que le ha hecho tan grande en la guerra, es lo que le ha suscitado tantas enemistades y rencores en el comercio de la vida. Lord Cochrane es siempre intrépido, arrojado, temerario. Sea que se halle á bordo y en presencia del enemigo, sea que delibere en el gabinete al lado de sus iguales, tanto en los consejos como en los combates, el marino aparece con todo el vigor y la soberbia de su carácter. En Rochefort, por ejemplo, se bate con los franceses: quema sus buques, infunde espanto á los más bravos; y luego, cuando acabó esa batalla de fuego, se pone en lucha, de palabras y recriminaciones, con su propio jefe el Almirante Gambier. Miembro del parlamento, vota por la oposición, aunque militar y servidor del gobierno. Una naturaleza tan indómita y apasionada rara vez halla jueces: siempre encuentra enemigos. Así fué que, acusado ante los tribunales, no tuvo la simpatía de los magistrados ni el favor del ministerio. El pueblo, el solo pueblo, que siempre admira el arrojo y nunca olvida el heroísmo, fué su amigo y su consuelo en aquel desgraciado trance.

Es de sentirse que Lord Cochrane no haya escrito la parte de su vida anterior á sus expediciones de América: de veinte años de combates, de aventuras, de hechos audaces, de querellas ruidosas, de causas judiciales: veinte años de gloria y un día de reveses. Sólo él podría dar el retrato de su alma, de sus pasiones, de su fogosa naturaleza. Así como hay fisonomías que se resisten al pincel y sólo la fotografía puede reflejar, así también hay almas que no admiten retrato de pluma ajena y cuyo *facsimil* reproduce el propio estilo y la propia palabra. Lord Cochrane es de aquellos hombres que ponen su corazón en sus escritos: de ahí provienen sus defectos y sus cualidades. Hay en su relación más verdad que arte, más pasión que prudencia, más calor que estilo, más energía que orden y método.

Aunque las «Memorias de Lord Cochrane» empiezan, como aca-

bamos de decirlo, por las expediciones de Chile, Perú y Brasil, hemos creído conveniente hablar un poco de la vida y hechos anteriores del autor. El marino inglés trajo á Chile, su nueva patria, como la llamó un día, no sólo su espada, sino su gloria; y esta gloria, tanto como esa espada, fueron las que conquistaron á Valdivia, tomaron la *Esmeralda* y dieron á Chile el dominio del Pacífico.

Por ahora nos hemos ocupado en conocer el carácter del escritor y el carácter del personaje. En otro artículo emprenderemos el juicio de la obra y el exámen de los hechos tan importantes que refiere. Vais á ver el mismo hombre en otro teatro: audaz, intrépido, soberbio, á veces apasionado hasta la injusticia, á veces dominante hasta llegar á ser despótico, siempre heróico y grande en el combate, no siempre dócil y prudente en el consejo. Pero no anticipemos nuestro juicio á la exposicion de los hechos.

II

PRIMERA EXPEDICION AL PERÚ

El 18 de Noviembre de 1818 fondeó en Valparaiso la *Rosa*, barco mercante á cuyo bordo venían Lord Cochrane y su familia. La ciudad se puso de gala y jolgorio. En los mástiles de los buques, así como en los balcones de las casas, flameaba el pabellon de la patria. En la noche hubo música ó iluminaciones, fiestas con que todos los pueblos, los más sencillos, como los más cultos, celebran los días faustos y de fortuna pública.

Esta acogida debió causar profunda impresion en el alma de Lord Cochrane. Todo lo vió entonces color de rosa, y con la rapidez de pensamiento y de resolucion que le conocemos, se determinó á adoptar por suya la patria chilena. « Esta decision, dice, no fué al fin sino una nueva prueba del proverbio: « el hombre propone y Dios dispone. » Y Dios dispuso bien, mucho mejor de lo que el hombre propuso. Si Lord Cochrane se hubiese hecho chileno, acaso habría pasado el resto de su vida, posterior á la expedicion del Perú, en la muelle ociosidad de la capital, en la oscura situacion de un hacendado, talvez, y esto es peor, habría comprometido su gloria y su reposo en las luchas civiles. Dios dispuso que Lord Cochrane prestase su auxilio á la causa tan justa de la independencia del Brasil y á la todavía más bella y gloriosa causa de la libertad de

la Grecia. Despues de la guerra de la independencia, Lord Cochrane habría sido en Chile un tesoro improductivo, un poderoso bajel varado, un ponton desarmado ó inmóvil. La espada del marino inglés era tan activa como gloriosa. Vais á ver lo que hizo en el poco tiempo que la prestó á Chile.

A la llegada de Lord Cochrane el territorio entero de Chile, salvo sólo Valdivia y las islas de Chiloé, se hallaba bajo el gobierno de la república. Chacabuco había puesto fin al régimen de Marcó: Maipú acabó con el ejército de Osorio. La primera de estas batallas destruyó el gobierno del rey: la segunda aniquiló las fuerzas de la metrópoli. Pero faltaba todavía mucho por hacer. ¿ Podíamos descansar sobre nuestros laureles habiendo en Lima, á cuatro pasos de nosotros, un ejército poderoso, una escuadra, inmensos almacenes de guerra, millones de pesos, todo en amenaza nuestra? La guerra no había terminado: de la defensa era preciso pasar al ataque; era necesario buscar al enemigo en Valdivia, en Chiloé, en Lima, donde quiera que tuviese una fortaleza, un almacen de recursos, un tesoro, un amparo, un centro de actividad y de operaciones. Esta nueva lucha demandaba un marino intrépido y hasta temerario. Chile no tenía buques, ni marineros, ni constructores, ni tesoro. Para batir á los españoles no había otros elementos que sus mismos barcos y sus recursos, que habíamos de tomar uno á uno, por sorpresa, ó como se pudiese. Lord Cochrane era el hombre llamado á realizar tan atrevida empresa.

Sin embargo, cuando el ilustre marino inglés llegó á Chile, ya poseíamos una escuadrilla y ya habíamos obtenido algunos triunfos.

« La escuadra chilena, lo dice Lord Cochrane mismo, acababa de regresar de un feliz corso, habiendo su jefe, el bravo Almirante Blanco Encalada, capturado una soberbia fragata de 50 cañones, la *María Isabel*, en las aguas de Talcahuano. La escuadra constaba de la mencionada fragata, que en adelante se llamó la *O'Higgins*, en honor del Supremo Director; el *San Martín*, de 56 cañones, antes el *Cumberland*, buque de la compañía de las Indias; el *Lautaro*, de 44 cañones; el *Galvarino*, de 18, que antes había sido la corbeta de guerra inglesa *Hecate*; el *Chacabuco*, de 20; y el *Araucano*, de 16: fuerza, agrega Lord Cochrane, que así imperfecta como era en su organizacion y equipo, hacía mucho honor á la energía de un pueblo recientemente emancipado. »

Tales fuerzas eran sin duda considerables, y lo serían hoy mismo, que con infinitos recursos relativos no tenemos una escuadra

propriadamente dicha. Pero no olvidemos tampoco que España conservaba una poderosa armada en las costas del Pacífico. Ved la que tenía en el solo puerto del Callao. Tres fragatas con 114 cañones, una de ellas la célebre *Esmeralda*; cuatro bergantines con 78 cañones; una goleta y seis buques mayores, mercantes en otro tiempo, y ahora armados en guerra y con 140 ó 150 bocas de fuego. Esto sin contar con la poderosa artillería de los fuertes y el auxilio de 27 lanchas cañoneras. Agregad á esta formidable fuerza los buques surtos en la bahía de Guayaquil, y algunos que cruzaban en las aguas de Chiloé y Talcahuano: unos y otros, todos, mejor dicho, protegidos por la línea de fuertes marítimos que los españoles poseían desde Panamá hasta Valdivia. No importa: ni el Gobierno ni el Almirante desmayan: arman su pobre escuadra, la mejoran, la aumentan, y el 16 de Enero de 1819, dos meses después de su arribo á Chile, se hace á la vela Lord Cochrano y pone la proa á las costas del Perú.

No fuera justo hablar de esta memorable expedición, sin pagar un digno tributo de respeto y de admiración al patriótico desprendimiento del Almirante Blanco Encalada. Nos lee, lo sabemos; pero ¿cómo castigarlo por el solo hecho de vivir? ¿por ventura los elogios no son más que bálsamos para purificar á los muertos? El Almirante Blanco Encalada, joven, intrépido, popular, doblemente glorioso por su arrojo en las batallas de tierra y de mar, renunció, en favor de Lord Cochrano y por el bien del país, el mando en jefe de la flota, mando que ejercería á su llegada y á que tantos títulos le daba la captura de la *María Isabel*. Nos complacemos en alabar las virtudes cívicas de los militares, tanto por raras cuanto por útiles y dignas de imitación. Un soldado cualquiera se bato, hiero, mata y muere: solo una alma elevada renuncia las gratísimas satisfacciones del orgullo y las ménos gratas, pero quizá más poderosas sugestiones de la rivalidad y de la emulación. Tomando á la *María Isabel*, Blanco Encalada dió prueba de ser gran soldado. Renunciando el mando en jefe, el ilustre marino chileno dió prueba de ser un gran ciudadano. *Suum cuique...*

A mediados de Febrero la escuadra chilena se hallaba en la latitud del Callao. Durante un mes entero de exploraciones y de corso no había encontrado ni buques de guerra que batir ni presas que capturar. Lord Cochrano empezaba á impacientarse, y ya le parecía que la fortuna lo abandonaba y que su reputación iba á comprometerse. Formó entonces el plan de sorprender los barcos surtos

en la bahía del Callao, sin tomar en cuenta ni su número, ni sus fuerzas, ni las formidables baterías que los protegían. Esta tentativa fué demasiado temeraria y no tuvo otro efecto que el de probar á los españoles la audacia del jefe británico y de los marinos chilenos. Lord Cochrano paseó su escuadra por delante de los fuertes y de las fragatas españolas, dando y recibiendo un fuego vivísimo y como explorando á mano armada el sitio de una próxima y más decidida lucha. A falta de una victoria, Lord Cochrano nos cuenta un episodio hermoso y digno de citarse.

Sabeis que el ilustre marino inglés llevaba de ordinario en sus expediciones un niño, digno hijo de ese león. Lord Cochrano tenía pues también su Astianax, no ménos interesante y más verdadero que el Astianax de la Iliada. El niño era el *hijo del regimiento* de los marineros: andaba por todas partes, sobre cubierta, por el fondo, trepaba los mástiles y tenía la mecha al artillero que iba á prender un cañón. Llevaba vida de marino, y vistiendo como tal, y sintiendo á cada momento la detonación del cañón, el intrépido leoncillo quería también batirse y hacer su papel el día del combate.

Pero el terrible papá no lo permite, y manda que dos marinos tomen en vilo á nuestro héroe y lo encierren bajo de llave en la antecámara. ¡Inútil encarcelamiento! Una de las ventanas de los jardines de popa queda abierta, y por ella se escapa el mal guardado é impaciente prisionero. Pocos momentos después, en lo más recio del combate, ve Lord Cochrano, vestido de uniforme y con aire resuelto y brioso, al maldito chico afanado en dar pólvora á los marineros.

«Estando en esta ocupación, dice el Lord, una bala rasa vuela la cabeza de un marino que estaba junto á mi niño, salpicando su cara los sesos de aquel infeliz. Pero pronto recobra su serenidad con gran consuelo mío, pues estaba paralizado de angustia creyendo lo hubiesen herido, y corre á encontrarme exclamando: «No me ha herido, papá, la bala no me ha tocado. Juanillo dice que la bala no se ha hecho para matar al niño de mamá.» Mandé que lo llevaran á la cámara; pero como se resistiese con todas sus fuerzas, tuve al fin que permitir se quedase sobre cubierta durante el combate.»

¡Qué raza, ésta de Cochrano!

El heroísmo del niño, la toma de una lancha cañonera y la posesión de la isla de San Lorenzo, además de un considerable pres-

tigio de audacia, fueron los resultados de la empresa del Callao. En San Lorenzo halló Lord Cochrane treinta y siete soldados chilenos prisioneros y cuya cautividad duraba ocho largos y duros años.

La armada de la República dió su libertad á esos desdichados.

La metrópoli ostentaba un odioso lujo de crueldad castigando con dura prision, á veces con el último suplicio, al simple soldado que todos los pueblos, aún los ménos cultos, tratan con la indulgencia debida á la irresponsabilidad y á la pasiva obediencia, á la disciplina de la baja milicia. No insistiremos en esta delicada materia. Ambos partidos fueron entonces implacables: ambos deben ser ahora indulgentes y generosos.

Después de algunas otras tentativas de poca importancia, la escuadra chilena, falta ya de provisiones, dióse á la vela hácia el puerto de Huacho, donde halló buena acogida, víveres y un considerable tesoro perteneciente á la compañía de Filipinas. Lord Cochrane dejó en Huacho al Almirante Blanco con el *San Martín* y el *Puyrredon*, y con la *O'Higgins* y el *Galvarino* se fué á dar caza á un tesoro de 70,000 pesos de que luego se apoderó en Pativilca.

Una nueva presa de 60,000 pesos, hallada á bordo del *Gazette*, vino á engrosar el patrimonio de la armada y del erario de Chile.

Tales resultados eran de la mayor importancia para una flota indigente, desprovista, y para un gobierno que se encontraba en suma angustia y pobreza de recursos. Todo no era provecho, es verdad: las presas suscitaban cuestiones que el patriotismo, cuando era más poderoso que la codicia, allanaba pronto; pero que la codicia, á veces más fuerte que la gloria y el patriotismo, solía también complicar dividiendo ó enemistando á gobiernos, jefes y clases de la armada.

Reforzada la escuadra con estas presas de provisiones y dinero, y con otra que hizo en Paita, cuyos fuertes tomó, apoderándose de una excelente artillería de bronce, Lord Cochrane hizo un nuevo reconocimiento del Callao y se determinó á regresar á Valparaíso, tanto para dar cuenta de la expedición y entregar al Gobierno los recursos adquiridos, cuanto para organizar una nueva y más poderosa empresa. Como despedida, dejó á los peruanos la proclama que sigue:

« ¡Compatriotas! Los repetidos ócos de libertad que resonaron en la América del Sur, fueron oídos con placer por doquiera en la esclarecida Europa, y muy especialmente en la Gran Bretaña, en

donde no pudiendo yo resistir al desco de unirme á esa causa, determiné tomar parte en ella. La República de Chile me ha confiado el mando de sus fuerzas navales. A ella compete cimentar la soberanía del Pacífico. Con su cooperación serán rotas vuestras cadenas. No lo dudéis: el día está próximo en que, derrocado el despotismo y la condicion degradante en que yaceis sumidos, seréis elevados al rango de una nacion libre, al cual naturalmente os llama vuestra posicion geográfica y el curso de los acontecimientos.

« Pero debeis coadyuvar á la realizacion de este objeto arrojando todo peligro, en la firme inteligencia que tendreis el más eficaz apoyo del Gobierno de Chile y de vuestro amigo.

Cochrane. »

Traspórtese el lector á la época de la independencia, si quiere apreciar el efecto de ésta y otras proclamas. La guerra no era entonces cuestion de frases, de retórica y de elegancia, sino caso de vida ó muerte, de esclavitud ó de libertad. La proclama de Lord Cochrane, así un poco singular como es, y en la cual invita á la independencia en nombre de la geografía, no por cierto á nombre de la gramática, allí bastante estropeada, produjo en el Perú una profunda sensacion. El gobierno de Chile quería probar á los peruanos que su expedición se proponía un fin más serio y elevado que el de hacer presas, capturar cañones y tesoros y alejar de nuestras playas al enemigo español. Chile quería la independencia del Perú, por simpatía de raza, de situacion, de sufrimientos y también en el interés de su reposo y seguridad. Si para algunos era la expedición un negocio, para Chile era la expedición una cruzada, una obra santa y grande.

Las proclamas del Gobierno y de su Almirante fueron las últimas y más ardientes bombas que la escuadra lanzó sobre la colonia peruana. Ellas prendieron el fuego de la libertad, fuego que nada apaga porque abrasa el corazón mismo de los hombres y de los pueblos.

La expedición al Perú causó en Chile una verdadera y pura satisfaccion. Halagado el pueblo con los resultados morales obtenidos, contento el Gobierno de su obra y de la ejecución, no tardaron el uno y el otro en preparar una segunda y mejor combinada tentativa.

En poco tiempo se hallaron en situacion de izar el ancla los cinco mejores bajeles de la armada, la *O'Higgins*, el *Lautaro*, el *San Martín*, la *Independencia* y el *Puyrredon*.

El 12 de Setiembre de 1819 se puso en marcha la flota. Lord Cochrano mandaba en jefe. El Almirante Blanco era su segundo.

En esta ocasion nos hemos propuesto tan sólo hacer una reseña de las proezas militares de Lord Cochrano y de las glorias de la República. No queremos entrar en las cuestiones, á veces muy delicadas, á veces muy frívolas, á que dan lugar las Memorias del ilustre marino, y que tocan de cerca á un gobierno glorioso y á reputaciones que Chile venera.

¿Por qué hemos de traer aquí las odiosas disputas relativas á las presas, las rivalidades de los oficiales, los disgustos de amor propio de los jefes: todas esas intrigas, todas esas miserias que llevan amenudo consigo las cosas más grandes y las más bellas? La guerra, las batallas, la gloria, todo tiene su bastidor, su lado mezquino, un revés triste y desconsolador.

Ahora hablamos de lo que se vé, de lo que suena y brilla, de la espada, de los combates, de los resultados gloriosos de la guerra, y damos á Lord Cochrano, al Almirante Blanco y á sus dignos subalternos, los elogios de que son tan dignos. Pronto tendremos que penetrar en el laberinto de la administracion y de la política ó inquirir donde está el ingenio que combina, el pensamiento que regula, el trabajo que ha preparado los elementos: en suma, donde están la administracion y el gobierno. Vais á ver cómo O'Higgins y Zentono han tomado parte y se han batido, por decirlo así, desde el consejo, en el Callao, en Valdivia, en donde quiera que estaba la escuadra de la República. Las batallas se ganan ó se pierden tanto en los gabinetes como en los campos y en las soledades del océano, de tal suerte que si una moderna mitología figurase de nuevo al dios del mar y de la guerra, pondría á Neptuno, á más de su tridente, una barra de oro, y á Marte, á más de su espada, los símbolos de la prudente Minerva y de la rica y abundosa Ceres.

En este siglo XIX no es la guerra un combate singular, una lucha de valor á valor, de fuerza á fuerza: es también una competencia de ingenio, de recursos, de combinacion, de orden y de dinero, elementos todos que la espada rara vez posee, que la espada debe pedir á los hombres de Estado, á los gobiernos.

Pero antes de penetrar en los arcanos de la política, hablaremos todavía algo de Lord Cochrano Almirante, de sus proezas, de su gloria, de su conquista de Valdivia, de sus eminentes servicios á la independencia de América.

(Continuara.)

Conexiones entre la organizacion social y la organizacion política

POR EL DOCTOR DON MARTIN C. MARTINEZ

Uno de los principios fundamentales de toda política positiva es la perfecta conformidad de la forma de gobierno al medio social.

Sin duda que esto no es un descubrimiento de la filosofía nueva: mucho antes de su advenimiento se decía, un poco brutalmente, que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen.

Las teorías de este orden remontan al siglo pasado; y Montesquieu se erigió en su gran representante cuando definió las leyes sociales, al par de las físicas, como relaciones necesarias que emanan de la naturaleza de las cosas.

Pero después, el torrente revolucionario ahogó en las utopías del Contrato Social esta base de una ciencia histórica y política; y hasta háse visto el colmo en nuestros días de que un prosista, nada más que brillante como Micholot, tuviera la audacia sin nombre de tachar de ignorante al gran filósofo político del siglo XVIII.

Cierto es que Montesquieu exageraba la importancia de los factores externos, el clima, la topografía, el suelo, etc., en la evolución social, — como no podía menos de suceder al que penetraba en un terreno virgen aún de toda especulación científica; — pero sus defectos son méritos comparados con el despreciativo desden de la escuela histórica que después consolidó un predominio casi absoluto.

Así como en el estudio del organismo individual en nada se valoraban las predisposiciones hereditarias, la influencia del medio y de los actos inconscientes, no obstante que deciden en tres cuartas partes del carácter psíquico; así en el organismo colectivo no se conceptuaba necesario, para fundar un sistema político, consultar los antecedentes históricos y físicos que determinan los rasgos prominentes de la evolución social.

La teoría del libro albedrío se oponía más aún en las especulaciones histórico-políticas, que en la moral, á la formación de una teoría científica.

Desde que el hombre por su voluntad podía adoptar cualquier organizacion y practicarla, así se tratase de las colonias inglesas con sus Washington y Franklin, como de los negros de Santo Domingo de Tousaint Louverture, ¿á qué podía conducir la investigacion de los antecedentes físicos, históricos ó económicos?

Si la historia es una ciencia, si el presente es hijo del pasado y padre del porvenir, si cada movimiento social tiene sus motores iniciales en épocas anteriores que á veces se pierden en el dedalo de los siglos, si como en las ciencias físicas estamos en presencia de una série indestructible de causas y efectos, ¿adónde va á parar el libre arbitrio, dónde, que no sea anonadado por la mecánica compleja, pero mecánica al fin, que suplanta al antiguo genio de la historia?

Entre el libre arbitrio y la ciencia, entre la teoría y el hecho, la escuela optaba por el libre arbitrio y repelía el hecho.

De aquí ese criterio enano para juzgar los acontecimientos que los suponía debidos á la voluntad de tal hombre ó á tal fenómeno de importancia insignificante en proporcion con aquellos que se querían explicar por él ó que intentaba remediarlos con panaceas de efecto rápido y enérgico.

De aquí el desprecio por el estudio de esos factores silenciosos que, si operan en la sombra, lo hacen á la vez en la médula de la sociedad, que en definitiva operan las grandes transformaciones históricas de las que sólo son formas los ruidosos sucesos que embargan toda la atencion del observador superficial.

Pero la regularidad de las leyes históricas está hoy tan bien constatada como la de las leyes de la naturaleza; y no es ménos absurdo el libre arbitrio erigido en agente supremo del desenvolvimiento social, que el milagro como explicacion física ó química.

La estadística permite asegurar desde la renta que producirá una nacion hasta el número de cartas que se pondrán en el correo mal dirigidas, desde la cantidad de envenenamientos ó asesinatos hasta la de matrimonios ó nacimientos que tendrán lugar el año siguiente, revelando así que hasta aquellos actos íntimos, que parecen más arbitrarios y dependientes del capricho individual, son producto de factores sociales, obedecen á leyes que el sociólogo prevé hoy con la seguridad con que el astrónomo anuncia los fenómenos celestes, y que si nos han parecido arbitrarios es por la misma razon que el salvaje atribuye á su ídolo los movimientos siderales cuya regularidad se le escapa.

Cuando, pues, la constatacion de leyes históricas se ha llevado tan adelante, es absurdo seguir considerando á los gobiernos como resultantes de tal ó cual incidente, del querer de tal ó cual grupo de hombres.

Son productos del medio social: la historia revela doquier la estrecha conexion de la sociedad y su organismo político.

Los despotismos orientales, mirados por los antiguos historiadores como aberraciones inexplicables, como meros flagelos, se nos exhiben hoy como los educadores para la vida civil de los primeros pueblos civilizados, como el único mecanismo que podía preservar la civilizacion naciente de su destruccion por las hordas bárbaras.

Si Grecia y Roma pudieron vivir sin tanto despotismo en el gobierno, lo debieron á que por su posicion geográfica no estaban en contacto con otros pueblos poderosos, — á que sólo los afrontaron cuando ya las ventajas del régimen libre los había vuelto más fuertes que ellos.

Después que las invasiones germánicas subvirtieron el imperio romano, vano fué el esfuerzo de los jefes del Sacro Imperio para resucitar la forma antigua de la autoridad: era inconciliable con la nueva sociedad. La centralizacion imperial no podía radicarse en pueblos que habían vivido en sus selvas sin conocer otra autoridad que la del jefe de su *clan*; y por eso los grandes imperios resultaban todos creaciones efímeras que se fragmentaban tan luego moría el hombre de genio que los había fundado. Tan cierto es que la forma de gobierno no es sino la expresion de la sociedad y que todo sistema es iluso y vano cuando prescinde de ese dato fundamental.

Con el crecimiento de la poblacion, — las expediciones lejanas que obligaron á la nobleza á aceptar el mando directo é inmediato de los reyes, — que la arruinaron otras veces, como á los cruzados, obligándola á vender sus bienes á la clase media, disminuyendo por lo tanto su poder y prestigio, — las guerras internacionales que aunaron todos los esfuerzos al lado del soberano, — y el crecimiento de las comunas y corporaciones, focos de resistencia á los castillos, — el sistema feudal decayó y fué suplantado finalmente por el poder absoluto de los monarcas.

Tan se producía ese cambio de gobierno como una resultante de los cambios producidos en la sociedad, que doquiera en el mundo europeo de entonces se verificó la misma trasmision del poder, en

España, en Francia, en Austria, en los principados alemanes y hasta en la despues libre Inglaterra.

No es prueba de saber, sino de falta de él, enumerar los factores que desde el Renacimiento y la Reforma prepararon la ruina de los poderes seculares y el advenimiento del nuevo régimen.

Constatemos, sin embargo, que la perfecta unanimidad que reina á eso respecto, es una prueba acabada de la correspondencia de la autoridad y la sociedad.

Pero la demostracion más concluyente está sin duda en el distinto resultado que la revolucion produjo, segun la preparacion de la sociedad, para las nuevas funciones políticas á que era llamada.

Con un siglo de anticipacion á la revolucion continental estalló en Inglaterra la que fundó la dinastía actual; y desde entonces ha podido definirse la historia de ese país, segun los términos empleados por uno de sus grandes escritores, como la de un gobierno que cede constantemente, á veces de una manera pacífica, á veces despues de violentas luchas, pero que cede siempre ante las exigencias de una nacion que ha avanzado siempre de una manera constante.

Del otro lado de la Mancha los triunfos más estruendosos, los sacrificios más excelsos que para gloria del humano linaje registran las páginas de la historia, fueron defraudados perdurablemente.

Los ensayos de República, las docenas de Constituciones, llegaron al Terror, á Napoleon y á la Restauracion finalmente.

Idéntica enseñanza ofrece la historia americana. Cuando Bolívar trazaba la organizacion de la gran Confederacion Colombiana, fué general la creencia, dice Barros Arana, de que en el Sud nacían unos nuevos Estados-Unidos con un segundo Washington mucho más brillante que el primero.

A los dos años la teatral creacion del Libertador caía en pedazos, su amado Sucre era villanamente asesinado y él mismo iba á morir en el destierro despues de haber escapado al asesinato, con el desencanto en el alma que le hizo pronunciar estas palabras, que para mi objeto actual, son todo un comentario acerbo:

« La América es ingobernable. Los que han servido á la Revolucion han arado en el mar. — La única cosa que se puede hacer en América, es emigrar. Estos países caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para despues pasar á las de tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad. »

La demostracion de que la forma de gobierno corresponde y es producto del medio social, que comprueba, como se vé, una poderosa induccion histórica, es además explicable deductivamente.

¿Qué son, efectivamente, los directores de la sociedad, sino sus criaturas? ¿Dónde han incubado sus ideas, alimentado sus ambiciones, bebido sus aspiraciones sino en la sociedad misma? Aún en los genios más originales, que, por otra parte, rara vez gobiernan, las tres cuartas partes lo hace la sociedad, por la educacion, la herencia, la imitacion. Lo general, dice con razon Bagehot, no es el proceder por conviccion propia, sino por costumbre, — aún entre la gente ilustrada. — Los hombres á quienes se atribuye los grandes progresos ó los grandes crímenes, no son, pues, sino los instrumentos de la sociedad, que funcionan casi siempre como la sociedad los ha hecho.

Además, aún suponiendo en ellos la mayor originalidad, ninguno podría operar en una sociedad si no estuviera predispuesta á su accion. Concebid, si podeis, un Jesucristo entre los hunos de Atila, un Washington entre los Zulus, un Napoleon en los Estados-Unidos ó un Bismarck en Inglaterra!

Sin ciertas condiciones preexistentes en una sociedad, ésta no recibe una forma política, ó, si la recibe, dura muy poco.

Tambien aquí Boileau tiene razon: *Chassez le naturel: il revient au galop.*

Nosotros en vano forjábamos entusiastas planes de gobierno yankee: « el natural », literalmente, se nos venía al galope!... á rienda suelta por esas cuchillas de Dios!!

Sucede á veces que una nacion profesa profundo aborrecimiento á la forma de gobierno que soporta, y que, sin embargo, ninguna otra puede subsistir. Tal es el caso de los pueblos americanos, que, para su honra sea dicho, jamás se han congraciado con los gobiernos personales; pero, sin embargo, si éstos son los que han ocupado, á excepcion de cortas intermitencias, el escenario político, eso se debe á la carencia de las condiciones de carácter que son necesarias para el imperio del gobierno libre, á la falta de respeto á las decisiones de la mayoría, que nos ha tenido en perpétua lucha, á la intolerancia de los partidos que apenas pueden coexistir — que cuando se reunen en asamblea arman una gresca por sesion, — ó á la adoracion, más de los hombres que de los principios, que frecuentemente les ha deparado tremendos despotismos.

II

Pasa á muchos, con las teorías, lo que á Mr. Jourdain con la esgrima, que sólo le servía para que lo curtieran á botonazos: cuando el acontecimiento no se encuadra bien en su estrecho sistema, se desesperan contra aquél, porque no les dió tiempo, en su brutalidad, para que lo parasen en cuarta ó terciada.

Es que nada hay más difícil que la aplicación de los principios teóricos á la dirección de la conducta. En otros tiempos hasta se creía que eran cosas que nada tenían que ver. De ahí había surgido el divorcio entre la teoría y la práctica.

A la verdad, tanta teoría ha habido, que es una suerte que los hombres no se manjen generalmente por la lógica, — que cuando descienden á las cuestiones prácticas se dirijan más bien por esas reglas intuitivas que cada uno toma del ambiente en que vive y de los palpites de su corazón.

Pero cuando se trata de una ley bien constatada, este escepticismo teórico no puede ni debe durar: se siente la necesidad de ajustar la conducta á los principios demostrados por la ciencia.

Ninguna teoría se ha prestado á mayores extravíos prácticos que la de que las formas de gobierno son una resultante del medio social.

Quien ha pretendido que siendo las cosas así no hay responsabilidad para los gobernantes, ni para los pueblos, pues sus actos no emanan de ellos propiamente, reducidos á meros instrumentos en tal momento de la evolución social;

Quien, que, como cada forma de gobierno es una etapa del progreso político, conviene cooperar á su mantenimiento en todos los casos;

Quien, que debemos esperar sin nada hacer á que el progreso opere solo, siendo vituperables todos los esfuerzos tendentes á variar el curso que los sucesos han tomado.

Cuando tales conclusiones se escuchan, no parece sino que la sociedad, en vez de ser una colección de hombres, nos fuese algo completamente ajeno, una fuerza con la que no tuviéramos más que ver que con la gravedad ó el magnetismo.

Decimos que los gobiernos no subsisten sin ciertas condiciones en el medio social. Si, pues, reconocemos injusto tal régimen, nuestro conato debe ser suprimir las condiciones que lo engendran

ó le persisten vivir, empezando por morigerarse cada uno en las pasiones que lo extravían como ciudadano y prosiguiendo en los demás con la enseñanza directa ó la más vivificante del ejemplo.

Pero concluir que si tal gobierno malo procede de tales causas igualmente malas, preexistentes en la sociedad, — cada uno de sus miembros debe apresurarse á perder más aún las condiciones indispensables para el ejercicio del gobierno libre, — es una conclusión á todas luces absurda.

Acaso de que la estadística, revelando que el número de crímenes es normal, demuestre que para su comisión intervienen causas sociales, ¿concluye nadie que deben dejarse impunes á los criminales? La única conclusión sabia es la de que además de castigar al culpable, debemos desentrañar de la sociedad los elementos que concurren á formarlos.

Reconocemos que la lluvia, el frío, el calor, la nieve, se producen según causas naturales; y eso es una razón y no un obstáculo para que construyamos viviendas que nos protejan de sus efectos perjudiciales. — Que el cólera y la viruela se deban á tal *bacillus* clasificado entre los *protozoa*, ha sido un estímulo para que los experimentadores se dediquen á encontrar y aplicar el reactivo que destruya su mortífera acción. ¿Por qué la indicación de los factores que producen una funesta situación política ha de ser motivo para que los ciudadanos descuiden todos sus deberes, en vez de incentivo poderoso para que procuren destruir aquellos?

La única cosa que puede deducirse es que los reactivos sociales han de ser proporcionales á los males que se pretenden aminorar ó suprimir, — que si las situaciones de fuerza han resultado de la falta de respeto á la autoridad, de las utopías, de la indisciplina en los partidos, de las guerras civiles, etc., el primer deber de los ciudadanos es la educación del carácter nacional en la práctica de las virtudes ó condiciones que únicamente hacen posible la existencia de gobiernos regulares.

Lo que tan sólo puede deducirse es que no basta cambiar por un golpe de fuerza la situación política que se reputa mala, sin variar al mismo tiempo las condiciones sociales que la engendraron y permitieron su subsistencia.

Pero, porque el mal esté prepotente y no aperecibamos en un momento dado el medio de conjurarlo, proclamar que se debe colaborar en él, concurrir á sus explotaciones, sentarse en sus parlamentos farsaicos, convertirse en cortesanos del crimen prepotente,

eso es desgarrar para siempre la túnica del ciudadano y vestir el sayal del esclavo, es pervertirse y pervertir la conciencia pública en la medida en que el ejemplo pueda ser corruptor, es deprimir más aún el carácter nacional y prolongar la catástrofe.

Es además desconocer la pujanza de esas fuerzas sociales que se llaman la opinión, la convicción sincera y entusiasta de que hace burla el crimen coronado, pero que determinan el fin de su reinado en día no lejano.

En ese orden de ideas, ha dicho uno de los maestros del positivismo :

« Los que han conseguido persuadir al público que cierta forma de gobierno (ó tal forma social) merece ser preferida, esos han hecho la cosa más grande que se puede hacer para ganar á esta forma de gobierno los poderes de la sociedad. El día en que el primer mártir fué apedreado en Jerusalem, mientras el que debía ser el apóstol de los Gentiles asistía al suplicio, « *consintiendo* en su muerte », ¿quién se habría supuesto que el partido de este hombre apedreado era entonces y allí mismo, el poder más importante de la sociedad ?

El hecho, sin embargo, ¿no lo ha demostrado? — Y esto porque sus creencias eran entonces las creencias más poderosas de todas las existentes. El mismo elemento hizo de un monje de Wittemberg, en la dieta de Worms, una fuerza social más poderosa que el emperador Cárlos V y todos los príncipes allí reunidos. »

Burla y escarnio eran los cristianos hasta el día antes de su triunfo, y el paganismo no creía que el martirio afrontado con la fé de Poliuo tuviera la eficacia de dominar el mundo, aún el mundo político, más rápidamente que las legiones; disputa de frailes llamó Leon X al gran movimiento de la reforma que conquistó la libertad de conciencia y arrebató á la Iglesia la supremacía intelectual; — los puritanos que dieron nervio á la primera revolución inglesa y que en América fundaron la Nueva Inglaterra eran los proscriptos y los despreciados en el reinado de Jacobo I; — y las clases altas no creían posible la Revolución, confiadas en su poderío secular, ni aún en la víspera del 89.

¿Y son los que prescinden de esas fuerzas latentes en todo pueblo los que pretenden hacer política dimanada del sistema histórico ?

Si porque funestas circunstancias impongan á la sociedad una calamidad política, durante años, todos los elementos activos cesaran de conspirar contra su malhadada existencia, jamás progresaría

la forma gubernamental, como no habría habido progreso en ningún otro orden en circunstancia análoga.

¿Acaso las evoluciones sociales se producen sin lucha? — ¿No es ésta, al contrario, la condición de todo progreso, lo mismo en la naturaleza que en la sociedad?

Si una especie desaloja á otra es porque ha adquirido tal ventaja de que aquella carece; y aún asimismo una lucha más ó menos prolongada precede siempre al triunfo.

Así también en la sociedad se sobreponen al fin los partidos de convicciones honradas, de carácter enérgico, de disciplina moral y organización; pero jamás lo hacen sin lucha, sin esfuerzos para dominar la resistencia que siempre oponen las clases preponderantes.

Bueno es hacer ese esfuerzo cuando se calcule la cantidad mínima de resistencia; pero el que espere á que toda resistencia baya cesado y eso entienda por evolución, se parece, como lo dice Macauley, á aquel estúpido de Horacio que aguardaba á que todas las aguas del río hubiesen corrido para pasar él al otro lado.

Concluamos. La forma de gobierno es, no causa, sino resultante del medio social: por eso una sabia política deparará á la sociedad instituciones correlativas, si bien teniendo en cuenta que á su vez la forma reacciona sobre la sociedad ó influye en su adelantamiento.

Esta verdad no exime del anatema de la historia á los atentados constitucionales, sino que lo generaliza, responsabilizando, no sólo á los autores directos, sino á la sociedad. Si bien la responsabilidad que se divide se aminora, en todo acto de culpabilidad colectiva hay gradaciones y nadie confunde la complicidad de la indolencia ó el aturdimiento con la participación directa de la rapacidad ó el asesinato.

Lejos de enervar la resistencia á los malos gobiernos, la teoría la entona, demostrando que sin ella jamás se haría el progreso político.

Tampoco condena las revoluciones en general, sino las revoluciones tempranas, no maduras. Ni en la sociedad ni en la naturaleza se ha dado jamás un paso sin la lucha por la existencia.

Lo que sí condena, es la confianza absoluta que en otro tiempo teníamos en la forma de gobierno que nos hacía esperar que un cambio de personas bastaría para remediar todos los males sociales, cuando en realidad unas veces los empeoraba y otras lo que remediaba valía ménos que el esfuerzo hecho para operar el cam-

bio. — Todo progreso político es lento, porque debe arrancar del seno de la sociedad. La forma de gobierno modifica, sin duda, el carácter del pueblo. Basta ver la depresión que origina todo poder personal. — Pero esas modificaciones se hacen lentamente, lo mismo para elevarse que para decaer. — El despotismo siempre ha tenido la precaución de empezar por César para concluir en Tiberio ó Melgarejo. Nuestras repúblicas rara vez han tenido en cuenta esa regla y por eso han sucumbido.

Las teorías históricas no son sino las psicológicas, miradas bajo una faz más grandiosa.

Antiguamente, en filosofía sólo había dos doctrinas igualmente falsas: el fatalismo y el libre arbitrio.

El fatalismo que, proclamando que la vida humana tiene un destino trazado, cuyo círculo debe ineludiblemente recorrer, — ahoga toda iniciativa y condena al hombre á la inacción más abyecta.

El libre arbitrio que, proclamando que el hombre en cualquier tiempo puede adoptar indiferentemente y con igual facilidad la resolución más heroica ó la más villana, — niega la necesidad del esfuerzo de cada hora, que únicamente forma el carácter y permite el cumplimiento del deber en las situaciones decisivas de la vida.

Entre los dos ha nacido el determinismo, que afirma que los actos son motivados por nuestro carácter, tal cual lo ha formado la naturaleza, la adaptación, la herencia y demás influencias; pero que á su vez la conducta puede modificar el carácter. No le dice al malvado, como el fatalismo: estás condenado perpétuamente al crimen; ni como el libre arbitrio: cuando quieras dejarás de serlo; sino que le exhorta así, con el acento de la verdad: si constantemente te vigilas, modificarás tu naturaleza, educarás tus pasiones, cambiarás tus gustos y conseguirás al fin ser hombre honrado.

Esos sistemas se reflejan en la política y en la historia, — el fatalismo negando la necesidad de todo esfuerzo, aconsejando la sumisión á los hechos consumados; — el libre arbitrio, pretendiendo mejorar súbitamente una sociedad por un cambio de hombres ó la acción legislativa; — el determinismo demostrando que las situaciones políticas estables son consecuencia del estado social y que, por lo tanto, es dable modificarlas y aún subvertirlas fortificando las energías nacionales.

Víctor Hugo

(TRADUCIDO DEL ITALIANO PARA LOS «ANALES DEL ATENEO DEL URUGUAY»)

POR DON PABLO ANTONINI Y DIEZ

Sobre la tumba de Jorge Sand, Víctor Hugo empezaba así su oración fúnebre:

« — Je pleure une morte et je salue une immortelle. »

Nosotros no podemos repetir, hoy que él ha muerto, la misma despedida; y no lo podemos, porque si es verdad que todos le lloramos, él desde hace sesenta años era inmortal.

Su gloria, serena y vigorosa como la potencia de una divinidad antigua, no sufría contrastes, ni aversiones, ni restricciones.

Jóven todavía, el Rey más burgués de nuestro siglo lo honraba como á un hermano que tenía sobre él la ventaja de una gran superioridad: la del genio; y cuando recibía sus visitas las agradecía considerándolas muy honrosas.

Más tarde, cuando fué un adalid vencido por la política, desterrado de la patria, arrojado de Bélgica, de Inglaterra, de todas partes, solo en una isla en el mar desierto, los monarcas, los gobernantes, los poderosos no podían rehusarse á escuchar sus amonestaciones, y el Emperador de Austria, cuando el ilustre proscripto le imploró una gracia, ahorró, por respeto al poeta, una vida humana.

Todos los pueblos se inclinaban delante de él, rindiéndole los clamorosos homenajes de su veneración, y alrededor de su casa, en los días de fiestas domésticas, se celebraba una solemnidad civil internacional. Cuando salía á la calle, el pueblo de París, tan distraído, tan voluble y olvidadizo, si le reconocía, le seguía, le hacía honores y le agradecía que fuese francés y tan grande.

Cierta vez un pobre labrador de Bretaña, que no se había movido de sus tierras cansadas, que apenas había sabido deletrear los *Miserables*, se trasladó á París para verle, para admirarle y para poder juzgar por sí mismo de cómo estaba hecho. Cuando llegó á presencia del poeta y fué recibido por él con la benevolencia

del gentil-hombre antiguo, que conservó siempre, no pudo pronunciar una palabra, no supo siquiera inclinar la frente para besar la mano que le tendía, sino echarse á llorar á lágrima tendida con prolongados y convulsos sollozos.

Ese labrador, sin apercibirse de ello, probaba la incógnita y suprema conmoción que sentían los antiguos contemplando al genio de la poesía, por lo cual llamaban al poeta *sagrado* y *divino*.

Y como ese breton reverente ó ignorante, todo el mundo civil, desde muchos y muchos años antes, no podía pensar en Víctor Hugo sino como en una misteriosa y sublime fuerza solitaria: una fibra, un organismo, una naturaleza que ultrapasaba las demás.

Desde Grecia en adelante, el ingenio no tuvo veneración tan alta.

Es porque desde hace muchos siglos no había habido tal vez sobre la tierra un genio más vasto, más armonioso, más completo.

Todas las mayores actividades del espíritu estaban y se desarrollaron magníficamente en él, — como los frutos de una tierra fecunda favorecida por el sol.

A los quince años, sobre las bancas del colegio, no habiendo terminado una tragedia clásica, que fué también para él su primer experimento, se le oyó exclamar:

— ¡ Quiero llegar á ser un Chateaubriand!

Y desde entonces escribió sus primeras odas.

Dos años después, cuando se publicó la segunda, cuyo sujeto, en su grandeza épica, era digno de su maduro ingenio, un juez sutil, Alejandro Soumet, le escribía:

« — Vos dix-sept ans ne trouvaient que des admirateurs, pres- que des incrédules. Vous êtes pour nous un énigme dont les Muses ont le secret. »

Y en él, en su potencia productora, en la rapidez con que esa potencia fué demostrada y en la perseverancia con que continuó durante sesenta años floreciente y lozana, hay realmente algo que parece un secreto, un misterio, una bendición de la Providencia.

No había aún cumplido treinta años ese espléndido fenómeno del genio, y ya había impreso *Les odes et ballades*, *Chants du Crépuscule*, *Lucrecia Borgia*, *Notre Dame*, esto es, había dado una nueva forma lírica á la novela, al drama, á su patria, al arte.

Se producía entre los hombres que llevaban los nombres de Alejandro Dumas, Alfredo Musset, Lamartine, Gautier, De Vigny, entre

la falange más bella y de más robusto ingenio que haya nacido en Europa y que le obedecía, una completa evolución estética, tan amplia como llegó á serlo, y que aún no ha terminado.

Y como si esa prodigiosa labor fuera en él una necesidad de su organismo, el cuerpo se volvía cada vez más gallardo y resistente á la fatiga. A los treinta años, aquel hombre que había sido durante su mocedad tan feo y raquítico, hasta causar á la madre una afectuosa vergüenza, tenía las espaldas cuadradas y el pescuezo ancho de un agricultor, y por cincuenta años siguió incansable produciendo obras maestras.

Produjo en ese tiempo *Les Feuilles d'Automne*, la lírica más variada, más culta, más dulce, que no se había oído en muchos años en el mundo: en ella empleó todas las formas menos usadas y más árduas, desenvolvió todos los temas, recogió todas las entonaciones. Después escribió los *Chatiments*, una verdadera sátira romana, una poesía *gladiadora*, que luchó cuerpo á cuerpo haciéndolo añicos. con el trono ocupado entonces por el monarca más poderoso de Europa. Luego los *Miserables* y la *Leyenda de los Siglos*, la epopeya en prosa y en verso de la humanidad.

Entre una y otra de esas grandes obras, seguía componiendo siempre: *L'histoire d'un crime*, *Le dernier jour d'un condamné*, *L'art d'être grand-père*; la historia, la polémica jurídica, la polémica política, el idilio; todo en páginas que parecían precipitarse como cascada sobre inmensa roca. De trecho en trecho, un nuevo dolor ó un nuevo entusiasmo pasaban por su alma: entonces sentía la necesidad de comunicar directamente su impresión á la muchedumbre, de persuadirla, de convencerla; entonces el poeta, el prosista, el trágico se hacía orador, subía á la tribuna en la Asamblea de Representantes de Francia, él, que era su más glorioso representante! y hablaba para pedir que se diera entera libertad al pensamiento y el sufragio universal á la patria, ó la gracia para todos los desterrados; hablaba para que Napoleón Bonaparte fuese castigado y para que se hiciera justicia á Garibaldi, justicia de honor y gratitud. Y si uno de sus grandes colaboradores fallecía y la nación debía hacerle el saludo más digno, darle el agradecimiento más puro, más alto, Víctor Hugo se volvía otra vez orador ó improvisaba un discurso que era una elegía inmortal.

Su oración contra Napoleón el Pequeño, la que pronunció en la muerte de Alejandro Dumas, aquella por la vuelta de la Asamblea

Legislativa á Paris, son tal vez los más sublimes monumentos de elocuencia que tenga nuestro siglo, en el cual los grandes oradores son tantos y tan fuertes. Sus períodos se extienden en amplitudes magníficas, que tienen sonoridades desconocidas como los finales de Beethoven; la imágen sale radiosa y fulgura; el apóstrofe llega solemne como el estallido de la pasión de todo un pueblo.

¡Oh qué evocación aquella á todos los combatientes del primer imperio, á los vencedores de Austerlitz, el día en que el segundo imperio estaba por nacer, merced á una asechanza realizada de noche, meditada con el rencor y el estremecimiento del miedo! ¡Oh qué defensa la de su hijo y el extremo saludo á un compañero de ostracismo, á Henett de Kessler, saludo que empezaba más sonante y más dulce que una lira:

« — Adieu, mon vieux compagnon: tu vas donc vivre de la vraie vie! Tu vas aller trouver la justice, la vérité, la fraternité, l'harmonie — de l'amour dans la sérénité immense. Te voilà, envolé dans la clarté. Tu vas connaître les mystères profonds de ces fleuves, de ces herbes que le vent courbe, de ces vagues qu'on entend là-bas, de cette grande nature, qui accepte la tombe dans la nuit et l'âme dans la lumière. »

Si Víctor Hugo no hubiese sido el lírico mayor, el novelista más leído de toda la Francia, habría sido ciertamente uno de sus primeros oradores.

Tenía el dominio de todas las formas del arte, de todas las manifestaciones de la inteligencia.

Y el exordio del discurso que Víctor Hugo hizo en el entierro de Jorge Sand, concluía:

« Je la félicite, parce que ce qu'elle a fait est grand, et je la remercie, parce que ce qu'elle a fait est bon. Je me souviens qu'un jour je lui ai écrit:

« Je vous remercie d'être une si grande âme. »

Y esta vez, para él, nosotros podemos repetir sus santas palabras de despedida: nosotros lo hemos admirado porque era un genio; nosotros, en el momento en que nos llega la noticia de su desaparición del mundo, sentimos sobre todo una nueva é inefable conmoción pensando cuán bueno era.

Hugo no fué solamente un gran hombre. Altivo y gentil como un caballero, laborioso como un obrero, tierno con los niños

como Jesús, campeón generoso de todas las idealidades más puras, tanto y más que Garibaldi; en el ardimiento, en la fé, en la cortesía, en la labor persistente, personificaba al gran hombre.

Compone sus primeros versos velando á la cabecera del lecho de su madre enferma; y cuando se le muere un hijo, exclama:

« — Je voulais me briser le front sur le pavé. »

El primer encuentro con la jovencita que debía ser su mujer, lo ha narrado con la ternura con que ha descrito el primer amor de Cosette, su más dulce heroína. A los treinta años escribía:

« — Seigneur, préservez-moi, préservez ceux que j'aime,
Frères, parents, amis et mes ennemis même
Dans le mal triomphants.

De jamais voir, Seigneur! l'été sans fleurs vermeilles,
La cage sans oiseaux, la ruche sans abeilles,
La maison sans enfants. »

A la edad de 79 años escribía *L'art d'être grand-père*: siempre, en toda su larga y gloriosísima vida, meditando una tierna estrofa para la infancia, para los que son débiles y puros.

El arte, la libertad, la familia, se unían con una sola intensidad en su alma; así es que en el margen de la primera página de *Notre Dame de Paris*, ponía esta nota:

« — J'ai écrit les trois ou quatre premières pages de *Notre Dame* le 25 Juillet 1830. La révolution de Juillet m'interrompt. Puis, ma chère petite Adèle vint au monde. (Qu'elle soit bénie!) Je me remis à écrire *Notre Dame* le premier Septembre, et l'ouvrage fut terminé le 15 Janvier 1831. »

Así su patria, sus hijos, sus libros, se fundían dentro de él en una armonía admirable de trabajo, de inspiración, de bondad; armonía que dura toda la vida, que resuena en todas sus obras y trae una elevación nueva en su estilo, una amplitud en sus concepciones, que asombra hasta en sus imágenes: esa magnificencia y esa amplitud que no tiene igual sino en los cantos de los profetas.

Realmente, que para todos los oprimidos, fueran pueblos, razas enteras ó individuos solos y condenados; para todas las ideas, para todas las empresas bienhechoras, Víctor Hugo tenía un entusiasmo juvenil y una palabra de recomendación solemne; cumplía su tarea de escritor como los apóstoles cumplían con el deber de la predicación.

Y fué el único poeta que desde el tiempo de Dante hasta nuestros días mereciese el noble título de *civil*; fué el más fuerte adalid de la humanidad, y ésta, en recompensa, le confirió la más larga dictadura intelectual que la historia recuerde.

Víctor Hugo ha escrito, hablando de Napoleón y de Alejandro, que estos capitanes eran como titanes fatales, que sobreponían á capricho las enormes peñas de las montañas, hasta que se murieron, y entonces todo el inmenso edificio precipitóse en el vacío.

Al ver desaparecer á este dictador de la gloria, se prueba un nuevo temor: la aprehension de lo desconocido; asalta la duda de que toda una estupenda fabricacion hecha por manos titánicas, con montañas de granito, sea condenada á la ruina; se teme que la inteligencia no deba obtener más tan alto esplendor de potencia y que la humanidad no tenga por mucho tiempo aún el consuelo y el orgullo de una simil dictadura espiritual.

El más grande de todos los seres vivientes de este siglo ha desaparecido, y ahora, por una tristeza natural, se nos aparece el Universo del arte y de la inteligencia como un cementerio.

« Un grand cimetière désert! »

Roma, Mayo 27 de 1885.

Shakespeare y Bacon

POR EL DOCTOR DON LUIS MELIAN LAFINUR

Es mal oficio el de hombre célebre para la póstuma tranquilidad del glorificado por la elevacion de su inteligencia. Y lo es cada día más por los deberes que se atribuye la crítica moderna, infatigable en averiguar vidas ajenas siempre que cohoneste sus indagaciones con algun interés científico ó literario. Los grandes hombres en *robe de chambre* llegaron hasta tentar al escritor ménos adecuado para las graves exigencias de la historia: al viejo Dumas; el cual en sus mentiras sobre Julio César fué acaso más divertido que Gaston Boissier con sus verdades sobre Ciceron; pero, sin duda, uno y otro son ménos pesados que aquellos insignes eruditos — así los llaman sus congéneres — que no contentos con descubrir que Cervantes nació en Alcalá de Henares, han querido también, con su ambicion de conquistadores insaciables, dejar comprobado despues de mucha investigacion y mucho papel impreso, que el manco de Lepanto era hijo de Rodrigo de Cervantes y no de otro Cervantes que se llamaba Blas, como pudiera presumirlo algun espíritu superficial y adocenado.

Molière va saliendo ya, gracias á Dios, ménos molido de manos de sus críticos y biógrafos, porque en estos últimos tiempos han refutado victoriosamente los tales, la especie de que Armanda Bejart fuese hija de Magdalena Bejart, en cuyo caso habiéndose él casado con la primera despues de haber tenido por muchos años de querida á la segunda, se le podría suponer, confrontando fechas, marido de su propia hija. Tan escandaloso y cínico incesto, propalado por los beatos fotografiados en *Tartuñe*, aguzó las puntas del ingenio en los amigos de Poquelin, los cuales, con papelitos que cantan, han demostrado acabadamente que la simpática Armanda, era, no la hija, sino la hermanita menor de Magdalena, siendo esta última la que monsieur de Modène — chevalier — consoló con mucho gusto de las veleidades del padre de la comedia francesa; y continuando los apologistas en sus precauciones, conceden en hipótesis

que, aun siendo Armada hija de Magdalena, eso mismo en manera alguna probaría la paternidad de Molière, porque Magdalena, según se ha averiguado, no estaba por el sistema unitario en materia de amantes.

Homero es el que hace poco camino. Lo han abandonado sus amigos; y aprovechando esa coyuntura los helenistas, y los que no lo son, persisten en afirmar que el inspirado ciego no ha existido.

Su turno había de llegarle á Shakespeare; y á fé que con mala estrella le ha llegado: lo han partido por medio.

Entre eruditos, y lo que es más temible, eruditas, que son las mayormente encarnizadas, lo han puesto como nuevo, que no es chica novedad la de que él no haya escrito su teatro. Y la cosa la afirman como suena: Shakespeare no es Shakespeare.

Deseubrióse un día que Rioja no era el autor de la canción á las ruinas de Itálica; y la reputación poética de Rioja no sufrió con el descubrimiento. Desapareció del catálogo de sus composiciones una, y bien que sea de las más hermosas la que á Rodrigo Caro se atribuye, lo cierto es, que por la falta de un brillante no oscureció su aureola, el que concibió aquellas silvas modelos eternos de poesía descriptiva, de intensidad de pensamiento, y de dulzura: el que dotó á la lengua castellana de aquella epístola moral á Fabio, la más perfecta en su género, trasunto de Séneca agigantado por el primor de rima majestuosa.

Pero á Guillermo Shakespeare, ¡oh críticos despiadados! ¡oh implacables eruditas! ¿si le quitais sus dramas y poemas, á qué queréis dejarlo reducido? Al pobre no le quedaría ni siquiera esa gloria artística que sellan los contemporáneos con su aplauso, y la posteridad consagra sin pasión, porque acepta generalmente las cosas que no le importan. A diferencia del autor de *Le médecin malgré lui*, que era cómico insigne, Shakespeare fué actor ménos que mediocre, con éxito sonado haciendo el fantasma de *Hamlet*, en el desempeño de cuyo espeluznante papel aterrorizaba ferozmente á los espectadores al aire libre de los confortables teatros de su tiempo.

¡Ni autor ni siquiera actor! Probada la tesis de que Shakespeare no escribió su teatro colosal, podría decirse de él lo que Lord Byron de Napoleón: «ni hombre ni demonio ha caído de tanta altura.»

Nor man nor fiend hath fall'n so far.

Pero yo abrigo la esperanza de que tal cosa jamás llegará á probarse.

¡Shakespeare, reo de una superchería literaria! ¡Guillermo Shakespeare nada más que empresario afortunado, á lo sumo cómico imbécil! ¡*The poet*, como diría Emerson, ignominiosamente descendido del pedestal de su gloria! ¡Qué delirio! . . .

¡El, que siempre tenido fué por grande, por noble; él, superior á todos, el genio, el alma más próxima á la divinidad, midiendo apenas la talla del tipo medio del sér humano! . . . ¡oh! . . .

La mujer amada á los veinte años, idealizada en el molde de perfecciones sublimes, hallada en noche nefasta arrastrándose en los antros donde son mercancía las caricias, no daría el concepto verdadero de una decepción tan profunda.

Trescientas publicaciones, entre libros, folletos, artículos de revistas, etc., etc., cuenta ya la contienda seguida con calor en Alemania, Estados-Unidos ó Inglaterra, sobre el autor del teatro de Shakespeare. Consolador es agregar que todavía los apologistas están en mayor número que los detractores, y que de las trescientas publicaciones referidas, casi dos terceras partes se contraen á demostrar la existencia real del taumaturgo que venera el mundo con el nombre de *William Shakespeare*.

Hace ciento cincuenta años que mister Theobal sugería la duda de que un hombre con los antecedentes del autor de *Otello*, pudiese por sí solo concebir el inmenso repertorio social de sus piezas.

Minutus Felix, ó sea Malone, espíritu sagaz, pero crítico de la familia de los roedores, escritor bien informado, pero cazador de puntos y comas, explicaba más tarde la colaboración especial á que galantemente invitaba Shakespeare en sus dramas, injertando en ellos la obra de escritores hoy desconocidos, que él utilizaba cuando bien le convenía. Sobre seis mil cuarenta y tres versos, Malone había hallado que mil setecientos setenta y uno eran íntegros de autores aparecidos con anterioridad á Shakespeare, dos mil trescientos setenta y tres eran también de otros, pero reformados por él, quedando apenas como poesía original suya, mil ochocientos noventa y nueve versos en los seis mil cuarenta y tres.

Este balance prolijo, rigurosamente exacto, jamás había dañado la reputación de originalidad en el ilustre poeta. El elogio para muchos hiperbólico de Víctor Hugo, de Gervinus, ó de Rotscher, en nada disminuyó, más bien, diríase que aumentó con las rapiñas puestas en claro, antes y después de Malone.

Emerson, en su *Representative men*, llega al colmo del entusiasmo á renglón seguido de citar la cuenta del tal Malone. Lo propio ha sucedido con Andrés Chenier. Beq de Fouquieres, en su edicion crítica, ha demostrado que apenas hay pensamiento trascendente, en las composiciones del dulce bardo, que no deba su origen á los clásicos griegos y latinos; y el mártir de los bárbaros del Terror, ocupa siempre puesto de primera fila entre los líricos franceses. Hace algunos años que Campoamor fué pillado *infraganti* en la tarea provechosa de producir un pequeño poema de los suyos con versos de Victor Hugo y un capítulo de *Los Miserables*; y ante la azotaina de Nakens y Vazquez, decía Valera que Campoamor era cada día más original.

Como estos ejemplos, sería facilísimo recordar mil y mil otros, de escritores antiguos y modernos, para comprobar que los nervios de la crítica no se agitan por el robo y el asesinato en literatura.

Pero la cuestion que hoy se debate es otra, consistente, segun sus promotores, en la demostracion de que Shakespeare no era sino un empresario de teatros á quien Bacon lo escribía comedias y dramas, que, arreglados despues para la escena, se representaban con el nombre del director de *la troupe*.

Bacon tiene títulos al agradecimiento y á la execracion de la humanidad: era un sabio, pero á la vez un miserable.

Sería ménos triste ver á Guillermo Shakespeare sustituido en su gloria literaria por un cómico de su compañía, que no por Sir Francis Bacon, Baron Verulam, Viscount Saint Alban, guarda-sellos, gran canceller,—¡qué só yo! muchos títulos para constituir una personalidad moral repugnante.

Sin embargo, si Shakespeare no escribía sus piezas de teatro, necesariamente eran obra de Bacon, porque éste fué en su tiempo el único capaz de concebirlas: el más eminente hombre de letras del mundo. Si Esquilo hubiese sido contemporáneo de ellos dos, Esquilo habría sugerido la sospecha de su ingerencia en las pasmosas creaciones; pero el genio griego no podía erguirse, sin artes de conjuro, desde el monumento de su gloria para levantar al genio inglés en alas de un óco de ultratumba.

Una tésis de espiritismo literario para demostrar la posibilidad de que el viejo Esquilo, evocado por un *medium* laberioso, dictase en lengua moderna y con excelente ortografía, dramas y comedias á un palurdo que se llamase William Shakespeare, sería para mí

una broma ménos pesada que la del bribon de talento extraordinario, haciendo un paréntesis al *Novum Organum* y á los ayes del infeliz martirizado en el tormento, para legar al mundo que siente y piensa, y odia y ama, y tiene pasiones y se venga, las inquietudes y dolores que buscaron un hueco del cráneo de Hamlet, para amenazar desde allí con un destino aciago y borrascoso, las audacias del pensamiento despedazado por la duda.

Al mundo le ha de costar convencerse de que deba borrar del calendario de sus eminencias el nombre del mortal que hasta ahora siempre ha venerado. Así se explica el fracaso propagativo de la señorita Delia Bacon en 1856. Se constituyó á Lóndres desde la América del Norte, su patria, para hacer prosélitos en favor de la tésis de que el Baron de Verulam en puridad era el coloso de la literatura inglesa. La niña tenía personería para sus gestiones, exhibiéndose como descendiente de una rama de la familia del canceller; pero con parentesco y todo, y aún sin averiguarlo ni discutirlo, entre los fanáticos de la «*Shakespeare Society*», los energúmenos de la prensa, y los anticuarios que conservan con respetuosa veneracion un boton de la casaca colorada de su ídolo, y una hoja del árbol que plantó en Stratford, entre todos ellos, dieron pronto cuenta de los proyectos de miss Delia. ¡Así la hubiesen dejado volver á sus patrios lares! Desagradados los ingleses con la insistencia de la señorita, la sitiaron por hambre, y cuando reducida á la indigencia lograron enloquecerla, piadosamente la encerraron en un manicomio. Antes de destornillarse, parece, sin embargo, que había conseguido traer á su terreno á Nathaniel Hawthorne. ¡Ya era algo!

La idea no hace camino simpático, y siquiera llegue á abrírselo á fuerza de raciocinio, lo que quiera Dios que no suceda, siempre ha de encontrar espíritus refractarios á las discutibles pruebas que se produzcan. La bibliografía de la cuestion es ya bastante rica, y aún considerado asunto bibliográfico puramente, algunos pasan por él como sobre áscuas. Un diccionario biográfico editado en Lóndres el año pasado, no trata el punto ni en el artículo dedicado á Bacon, ni en el que consagra á Shakespeare; en el mes de Mayo de este año, miss Elena Fancit dedicaba á la reina Victoria un libro sobre Shakospeare, con pretensiones de erudicion, y sin duda para evitar el riesgo de ser enloquecida como la señorita Delia, ni palabra dice respecto de Sir Francis; y en el mes de Junio, tambien del corriente año, Blazo de Bury, literato de estirpe, haciendo en

la *Revue des deux mondes* un interesante estudio de la Juana de Arco presentada por Shakespeare en la tragedia « Enrique VI », ni en una simple nota se permite la mínima referencia á la contienda literaria que á tantas gentes apasiona en la actualidad.

Corazon helado y vileza de alma — « coldness of heart and meanness of spirit » — eran, segun la frase de Macaulay, las condiciones resaltantes en la personalidad de Bacon. Ocupe en buen hora el puesto que le corresponde por sus descubrimientos científicos, como filósofo no se le dispute su decisiva influencia en el positivismo moderno, sea su *Instauratio magna* la admiracion de las edades, acumule título sobre título en el terreno de los hechos que sometió al empuje de su genio escrutador: ¿pero ser objeto de la simpatía popular, él, ingrato que contribuía á derramar la sangre generosa del conde de Essex, su benefactor; él, que despues insultaba la memoria de ese mismo hombre; él, querido como un amigo inseparable, como se quiere á Shakespeare; él, que vendía sentencias por dinero; él, que firmaba las que los interesados le daban hechas; él, convicto y confeso de magistrado corrompido, encerrado en la torre de Lóndres por sus crímenes? Jamás. No: ese ente, prototipo de la crápula dorada, no puede haber escrito en su vida poemas eternos porque son humanos, páginas sublimes porque trasantan la realidad de la virtud, fábulas hermosas que se remontan á la verdad del ideal, para reflejar desde la altura el brillo de un astro amigo, guía del corazon en las tempestades de la vida.

¡Oh Emerson! tú que hablabas del *nombre* del poeta, ¿estarás en peligro de que borradas sean de tu obra aquellas palabras: « His name suggests joy and emancipation to the heart of men? »

Dicen que en la hora suprema desesperaste de tu ídolo, llevándote á la tumba el convencimiento íntimo de que Shakespeare era Bacon, y agrégase que lo han llevado tambien aquellos muertos ilustres que se llaman: Lord Palmerston, el político y estadista de la pasmosa erudicion literaria, y Carlyle, y Dickens, y Longfellow. Y de la opinion de todos vosotros ya se hace atmósfera y comentario!...

Y entretanto, el argumento decisivo ¿dónde está? No existe; nadie lo ha aquilatado, la humanidad no tiene interés en que se lo forjen: no ha aceptado aún la rehabilitacion de Lucrecia Borgia, intentada por Gregorovius y algun otro moderno historiador, porque tiene repugnancia á las cosas indecentes. ¿Compasion para la cruel meretriz? Muy bien. ¿Simpatía ó cariño, aunque sea Lucrecia? Eso no: imposible. La tradicion es vida, luz y verdad: no

se la derrumba ni oscurece con el esfuerzo calculado de la labor de gabinete.

¿Lástima, pesar intenso, de que un genio descienda á las mayores ruindades? De acuerdo. ¿Entusiasmo por aumentar la obra de uno de los últimos ingleses que vendió la justicia y utilizó el tormento? ¡Nunca! El siglo XIX ha levantado muy alto á Shakespeare para que lo convenza nadie de que se ha ocupado de la grandeza de alma de un Bacon!

Chateaubriand no habría dicho del canceller, especie de rufian ennoblecido: « il est au nombre des cinq ou six écrivains qui ont suffi aux besoins et à l'aliment de la pensée. » Y Víctor Hugo ¿habría dicho: « au dessus de Shakespeare, il n'y a personne; Shakespeare a des égaux, mais n'a pas de supérieur », si hubiese debido referirse al cortesano adulador manejado por Buckingham á puntapiés? ¿Y Villemain insultaría á la Inglaterra estableciendo que « Shakespeare c'est le génie anglais personnifié », si hubiera de aludir al hombre cuya dominacion en la esfera que le correspondía coincide con la época más oscura, corrompida y vergonzosa de la administracion pública de su país?

El noble y constante sentimiento de humanidad que infiltra la obra entera de Shakespeare, sólo se concibe en un alma pura y generosa, se explica únicamente como la manifestacion de un espíritu desligado de todas las miserias de la tierra, y que, en su olímpica serenidad, ha ido recogiendo día á día un ejemplar típico de perversidad, de bajeza, de virtud, de amor, de odio, de celos, de concupiscencia, de ambicion, de todo lo más levantado y de todo lo más pequeño, para hacer desfilar ante el mundo atónito, la pasion brutal de Otello, el cálculo sombrío de Ricardo III, la implacabilidad de Shylock, la furia de Margarita de Anjou, al lado de la cínica desvergüenza de Falstaff ó de la pedanteria de Paroles; pero falta esa tranquilidad de espíritu al que es seguramente tan cobarde como Paroles, y tan impúdico como sir John Falstaff, sin la indómita fiereza de Gloucester. Se necesita amar lo que es elevado y despreciar lo que es rastrero, para poder desde la altura en que se miden con exactitud los secretos del corazon humano, formar la síntesis admirable que constituye el repertorio del poeta inglés. ¿Dónde encontraría Bacon, en qué pliegue de su alma la indignacion contra el crimen, y el entusiasmo por la virtud? ¿Dónde, descendiendo á otra esfera, esas pequeñas pruebas de confianza que hacían de Shakespeare un árbitro en las disensiones del hogar de

un cómico? ¿Dónde esa satisfacción del amor propio que vé idealizada una falta, cuando el hijo le perdona á la madre una debilidad, sólo porque es con Shakespeare cometida? Todas las anécdotas del género que á él se refieren son verosímiles, porque respecto de él todo es posible.

Arrastrándose en el fango de su servilismo y su degradacion, jamás el canciller habría podido ser objeto de la ovacion continuada que pasea de uno á otro continente con los atributos de la gloria, el recuerdo enaltecido del dramaturgo sin igual.

Cuando el lector de Shakespeare se empapa en una de sus piezas, el nombre de aquel que les ha dado vida permanece vinculado al sentimiento de admiracion y de cariño, que se impone como parte integrante del concepto y la leccion que se desprenden de las páginas del drama. No hay necesidad de haber leído la azarosa biografía del poeta, ó el hiperbólico elogio de sus admiradores, para entrar en la intimidad tendiéndole desde luego la sincera mano del amigo. ¿Por qué? Simplemente por esto: se le lee y se le ama; y nadie separa ya, una vez que lo ha conocido, la belleza literaria de las creaciones, de la grandeza de alma del autor. Se le vé en todas partes preocupado con la misma idea de humanidad, y animado de los mismos sentimientos generosos. Se le concibe bueno y leal; nadie se atrevería á juzgarlo de otra manera. En las relaciones con los cómicos de su compañía, es tal como lo presenta Tamayo y Baus en eso portento que se llama *Un drama nuevo*. Y todavía, ayudando la imaginacion con su vuelo las esperanzas de hallar envoltura exterior que corresponda al portento intelectual, adivina, antes de ver la tela ó el mármol, aquellos ojos claros como la inmensidad de los cielos, aquella frente límpida que dá vida á los grandes pensamientos, aquel hermoso conjunto de atraccion que ha dejado á la posteridad el retrato de Martin Droeshaut, sobre el cual improvisara despues el cincel correcto de Houdon cabeza de risada cabellera con los prestigios de la juventud, que no se encuentran ya en el busto severo de la iglesia de Stratford upon Avon, porque ha volcado el escultor sobre el semblante triste del poeta, todos los dolores con que la edad madura impregnó esa existencia original amarrada al estudio incesante de los más hondos problemas.

Será siempre una curiosísima cuestion literaria ésta que me ocupa; pero antójase que será empresa sin resultado la de los que se empeñan en privar á Shakespeare de su gloria. A Mirabeau se le

ha encontrado tambien un colaborador para sus discursos, pero ¿quién toma á lo sério esos mamotretos fastidiosos en que se pretende probar que Riquetti no era improvisador? Se acumularán datos y se harán argumentaciones, y se descubrirán manuscritos, y despues de todo ¿qué? nada: Mirabeau será eternamente Mirabeau.

Puede, mister Holmes, jurisconsulto norte-americano de nota, adelantarse todo lo que quiera su retrospectiva informacion sumaria para acreditar que los contemporáneos de Bacon siempre tuvieron á éste por el autor del teatro de Shakespeare. Puede igualmente, mistress Pott, inteligente dama que los ingleses no han podido todavía enloquecer como á miss Delia, seguir en sus comparaciones del manuscrito de Bacon hallado en el *British Museum*, con los dramas de Shakespeare; puede seguir con sus estudios; que con los mil setecientos pensamientos ó aforismos que iguales á los de aquel manuscrito ha encontrado en el teatro que quiere regalar á Bacon, y con diez mil más que pueda hallar, no probará nunca su tesis. Un pensamiento, señora Pott, cien mil, todos los que usted quiera, no son un drama ni una tragedia. Haga usted la prueba señora; elija usted de Homero, de Rabelais, de Cervantes, del genio que quiera, no le hago cuestion sobre ello, mil, diez mil, todos los aforismos, máximas y pensamientos que necesite, y escriba usted despues algo por el estilo de *King Lear* ó de *Hamlet*. Pruebe usted, señora, que si sale bien de la empresa, no ha de tener sólo mis plácemes; felicitaciones de más peso le han de llover, y sin el riesgo, mistress Pott, de que nadie diga que el drama de usted es escrito por Homero, por Rabelais, ó por Cervantes.

Shakespeare, es sabido, tomó ideas, y versos y escenas enteras de Greene, de Marlowe, de Lodge, de Peele y de otros que tambien ha asesinado literariamente, muertos por asfixia, que no respiran en el mundo de las letras; pero con eso y mucho más que se averigue, siempre será Shakespeare un genio original, porque la obra, que es la duradera, era de él, aunque algunos de los materiales fuesen suministrados por terceros, aún contra su voluntad.

Yo encuentro en Musset lo que en ningun otro poeta. Cuando el estado de mi ánimo me impele irremisiblemente á leer versos, es Musset siempre el que releo. Pues bien: hay majaderos que dicen: no es un poeta original; copió á éste, y al otro, y al de más allá; y él tuvo alguna vez que reconcentrarse en el desden que su personalidad excepcional tenía por las cosas ridículas, para hacerse cargo de la acusacion, como lo indican estos versos:

Byron, me direz-vous, m'a servi de modèle.
 Vous ne savez donc pas qu'il imitait Pulci?
 Lisez les italiens, vous verrez s'il les vole.
 Rien n'appartient à rien, tout appartient à tous.
 Il faut être ignorant comme un maître d'école
 Pour se flatter de dire une seule parole
 Que personne ici-bas n'ait pu dire avant vous.
 C'est imiter quelqu'un que de planter des choux.

Sin embargo de su pesadez, los cargantes de la crítica, los necios, no han descubierto todavía quién fué el que escribió *Rolla* ó *Las noches* antes del hijo del siglo. Son chinchosos, pero á la vez son imbéciles.

Después de todo, justo es decir que mister Holmes y mistress Pott se han exhibido con más seriedad y más labor que otros en su campaña *pro Bacon*. Porque no son argumentos ni cosa que lo valga, los que quieren, v. g., deducirse de la vida disoluta del poeta, de su juventud desordenada y aventurera, de su casamiento prematuro. Con esos antecedentes, se dice, es incompatible el estudio profundo que acusa la obra de Shakespeare, el conocimiento histórico que revela, la ciencia real que comprende. En el conjunto, la argumentación que se base en tales hechos, es insustancial y nimia, como que con sólo recordar que de un genio se trata, bastaría tal fenómeno por sí sólo para explicar las adivinaciones que serían extrañas únicamente en un escritor común, poco informado del movimiento intelectual de su época. En el detalle son, si cabe, menos decisivas las conjeturas de superchería fundadas en su vida irregular. Él no era un santo, era un hombre. Casarse de diez y ocho años con una mujer de veintiseis, y abandonarla luego, revelará impremeditación primero y arrepentimiento del matrimonio después; manifestaciones ambas de una naturaleza impresionable, que forzosamente no tenían por su esencia para qué ser precursoras de ineptitud literaria. Llevar en Londres una vida de jaleo, era muy natural en su ocupación de comediante. Pero ser disoluto no indica siempre ser ocioso, ni perder un hombre la oportunidad de trabajar por su gloria. Disipados hay que se dan tiempo para todo. Edgar Poe había hecho la más extraña vida, recorrido los más lejanos países, y para ser ébrio habitual, y haber muerto de *delirium tremens* en una calle de Baltimore, no ha legado pequeña obra, monumento de su celebridad, viviendo apenas treinta y seis años Lord

Byron, *debauché* número uno, que no sobrepasó la edad de Poe, tuvo en su corta existencia tiempo sobrado para viajar también por muchos pueblos, divertirse ó aturdirse en mil diabluras, y soñando con la libertad de Grecia, morir de hastío y de cansancio, más que de enfermedad, escribiendo hasta la vispera de su fallecimiento, y dejando, para memoria eterna de su nombre, extensísima obra poética que acusa consagración y aptitud excepcionales.

Como ensayo de potencia inductiva y deductiva, puede pasar medianamente la alharaca armada en contra de Shakespeare. Es una distracción como otra cualquiera para ocurrir al aburrimiento de los que necesitan novedades, agobiados en su retiro por lo chato de los asuntos comunes.

Vez pasada verificóse también en los Estados Unidos de Norte-América, prestigiado por la pluma de la señora Beecher Stowe, el descubrimiento de los motivos secretos que tuvo Lady Byron para separarse de su esposo. Mucho escándalo, el más ignominioso de los incestos, y después de todo, nada más que excesos de femenina imaginación. La crítica sesuda dió pronto cumplida cuenta de las invenciones inmorales, bien que ingeniosas, de la autora de «La cabaña del tío Tomás.»

Sea cuestión interesante para los eruditos la de explicarse, por qué es que el doctor Hall, cirujano, yerno de Shakespeare, que tantas monografías dejó sobre casos de su clínica, no haya escrito una línea sola sobre la afección que arrebató á su suegro la vida. Averigüen otros por qué es que cien años después de muerto recién apareció la primera biografía del poeta. Venga en seguida el que no conciba el poder creador de un genio, cuya biblioteca no fué nunca numerosa y cuyo carácter de letra sólo se conoce por cartas insignificantes y la firma de un testamento. Todo esto será muy decisivo para demostrar que Shakespeare no podía escribir su teatro, pero para los que, como yo, ni son eruditos ni muy amigos de los pillos, difícil ha de ser hacerles tragar la píldora de las nuevas habilidades poéticas que se le descubren á Bacon.

Romco, desde el fondo de su tumba, reniega de la paternidad del canciller, cuando le consta que al tal, antes de ocurrírsele hacer fortuna con sus bajezas y venalidades, le había sonreído el proyecto de un matrimonio que lo sacase de pobre. Al amante de Julieta le repugna ese traficante del corazón, que busca por el peso de la bolsa y por el sonido del oro, la compañera de su vida; la que él, que no era canciller ni guarda-sellos, concebía en el eden

de una noche, con voz más dulce que el trino del ruiseñor que veló su sueño angustiado, y con más tierno acento que el canto de la alondra que saludó la aurora de la partida por aquella escala que, al balancearse suavemente, había separado dos cuerpos, pero no dos almas unidas por el destino de inmortal amor.

Y luego el *sterno femenino* tan gentilmente deslizado en los contornos ideales de Cordelia, Desdémona, Marina, Miranda, Imogen, Célia y Rosalinda y las demás divinas criaturas, protesta, desde su solio celeste, contra el despojo que se intenta. Todas las hijas del poeta lo aman, porque las ha inmortalizado; lo rejuvenecen con el fresco aliento de sus encantos singulares; le abren el camino de todas las naciones, y le prestan la cadencia de todos los idiomas, para que la comarea que lo vió nacer no sea la única en tributarle el homenaje de su admiración entusiasta. Las flores de Ofelia perfuman el monumento de su gloria, y las otras hermanas de la niña, apiñadas en torno al padre común, le velan el sueño en aquella excelsa región que asila el alma de los genios.

Si Shakespeare fuese Bacon, todas ellas huirían con horror, avergonzadas y tristes!

El Departamento de Rocha

POR F. J. R.

Comprometidos estábamos con el director de esta revista, á darle un artículo para este número, pero, á última hora, nos encontramos sin haber escrito una sola línea y con que es menester llenar las seis ó siete páginas que nos estaban reservadas.

En tal apuro, echamos mano al tema con que encabezamos este artículo, y abordamos un asunto al que hubiéramos querido dedicarle tiempo y estudio.

Pero ya que las cosas son así, y que en tales condiciones vamos á tratarlo, prometemos, para disculpar la ligereza con que necesariamente ha de correr la pluma esta vez, considerar este artículo como un adelanto á otro que sobre el mismo tema escribiremos despues con todo el detenimiento que exige.

Rocha es un Departamento digno, por más de un concepto, de hacerlo conocer.

Si hay alguna zona de nuestro territorio, con fisonomía y carácter propio, que se destaque entre las demás, es indudablemente la de Rocha.

Por su favorable posición geográfica, por su topografía, por su riqueza, por su iniciativa y por sus peculiaridades, no puede pasar desapercibido.

Y, ¡cosa rara! hasta hoy, puede decirse que ha estado librado á sí mismo y olvidado casi por completo del amparo oficial, debiendo puramente á su iniciativa particular el progreso que en él se ha operado.

Hasta hace poco tiempo, era una fracción del Departamento de Maldonado, que dormitando á la sombra de una delegación, vivía la vida modesta y sin atribuciones de una simple jurisdicción; sin más encargo que el de engrosar las rentas del Departamento de que dependía.

Por lo demás, los Poderes públicos poco se preocupaban de

aquella zona. Se sabía que en ella existían tres pueb'os, llamados : Rocha, San Vicente y Lascano, y eso bastaba.

Apenas, si de cuando en cuando algun rasgo de cívica altanería llamaba la atención del país, al saberse que allí había sido apaleado un periodista independiente, ó acusado algun artículo catilinario contra desmanes de la autoridad, ú otro hecho cualquiera de resistencia popular, para impedir ó para protestar contra las violaciones de la ley y la justicia.

Tales hechos, que revelaban la dificultad con que los hombres de aquel Departamento se doblegaban á la pesada coyunda de autoridades intemperantes, eran las más ostensibles palpitaciones de vida que la Capital conocía de la altiva jurisdicción de Rocha.

Pero un día, y de eso hacen cuatro años, los 15 mil habitantes que la pueblan, deseando tener autoridades propias, que estando ménos distanciadas los comprendieran mejor, y consultando que los intereses de aquella region exigían mayores atribuciones que las que corresponden á una simple delegación, para poder facilitar el desenvolvimiento social y económico que se hacía notable por su aumento progresivo, resolvieron, congregados por un mismo pensamiento y haciendo uso del derecho de petición, solicitar de los altos Poderes la gerarquía de Departamento.

Con tal encargo, se nombró una Comisión compuesta de respetables y distinguidas personas de allí, para que, interpretando el anhelo de los 15 mil habitantes que pueblan la parte más oriental de la República, iniciaran y tramitaran la justa demanda.

Y fué entonces cuando, desentrañando de la estadística general los guarismos con que á ella contribuía aquella zona, se reveló su importancia, modestamente consignada en la petición que se elevó al Parlamento.

Eran verdaderamente halagadores y desconocidos los elementos de vida propia con que se presentaba la jurisdicción de Rocha, y ellos comprobaban la justicia con que se solicitaba los pusieran al amparo de autoridades propias.

Rara vez la subdivisión administrativa se justifica con el derecho que entonces; y fué por eso que despues de largos trámites y no pocos esfuerzos, que acreditaron la constancia y la fé con que la Comisión delegada perseguía su anhelo, consiguieron que los Poderes Legislativo y Ejecutivo declarasen oficialmente que Rocha era un Departamento más; dándole así la gerarquía á que tiene derecho por los intereses que representa.

Fué de este modo que se constituyó políticamente el Departamento de Rocha, el cual desde entonces tuvo por límites: al Norte, el Río Cebollatí hasta su confluencia en el Lago Merin, — al Sur, la Laguna de Garzon, el arroyo de este nombre en todó su curso, y una línea hasta las nacientes del Allérez, — al Este, el Lago Merin, la línea divisoria con el Imperio del Brasil hasta la Barra del Chuy, y el Océano Atlántico hasta la Laguna de Garzon, — y al Oeste, el Arroyo del Allérez, desde su nacimiento hasta su confluencia en el Cebollatí.

Con tales límites, que forman un perímetro de figura romboidal, que encierra una área aproximada de 10,183 kilómetros cuadrados, ó sean 417 leguas (1) y le dá una configuración extraña y conveniente en sumo grado para la distribución administrativa y la explotación de sus condiciones topográficas excepcionales; — pródigamente regado por ríos y arroyos caudalosos; — con una costa de mar sobre el Atlántico de más de 90 millas, y otra sobre la laguna Merin (*mare clausum*) de más de 25 millas; — con un suelo ora quebrado, ora llano, ora ondulado, indicando con sus ricos pastos y sus grandes bosques la fertilidad de sus tierras para la agricultura y la ganadería; — con lagunas grandes y permanentes de fácil navegación, como las de Garzon, Rocha, Castillos y los Difuntos; — con puertos é islas en sus costas que prometen su poderoso concurso para el desenvolvimiento económico; — con la posición geográfica más oriental de la República; — con valles risueños y un clima benigno y agradable; — con riquezas minerales que atesoran cobre, carbon de hulla y lignito, inmensas turberas en sus grandes lagunas, plomo, fierro, manganeso, cerros enteros de valiosos pórfidos, mármoles, cristalizaciones, jaspes, piedra litográfica, granitos, yeso, alabastro, azufre, oeres variados, esteatita, piedras de afilar, pizarras y amianto; (2) — con maderas de primer órden en sus florestas; — con 15 mil habitantes; — con tres centros de población que progresan, de los cuales Rocha, que es la capital, tiene más de 4 mil almas; con una renta de contribución directa de 43,200 pesos; con la tierra dividida todavía en grandes porciones; paciendo en sus campos 236,425 animales vacunos, 377,012 ovinos, 21,489 yeguarizos y un número regular de otras especies;

(1) Este dato, como los demás que consignamos en este artículo, los tomamos del cuaderno número XIV de la Dirección de Estadística General.

(2) Vide pág. 20 de «La República Oriental del Uruguay», por el doctor don Ramon Lopez Lomba.

— con más de 4,000 cuabras de tierra de labranza que producen trigo, maíz y otros cereales que exceden á las necesidades del Departamento; — con una introduccion por su frontera de 8,681 pesos, y una exportacion de 10,465 pesos (1); — con una renta de patentes de 11,544 pesos; — con un presupuesto de 48,463 pesos; — con una estadística criminal reducidísima; — con un movimiento judicial importante; — con 15 escuelas públicas y particulares, en las que se instruyen 583 alumnos de ambos sexos; — con tres empresas de diligencias que ponen al Departamento en comunicacion con la Capital cada dos días; con una red de correos bien establecida; — con tradiciones históricas que han dejado su huella en India Muerta, Santa Teresa y San Miguel; — con tradiciones de valor encarnadas en sus caudillos y en sus brillantes divisiones; — con colonias extranjeras que se congregan y tienen sus centros sociales y sociedades cooperativas; — con diarios que cuentan con vida propia; — con dos bibliotecas populares; — con un espíritu de localidad digno de estudio; — con una preparacion manifiesta al gobierno municipal, — y con un carácter independiente y progresista, presenta Rocha el conjunto de su vida Departamental y dibuja á grandes rasgos su fisonomía propia.

Pero nosotros queremos acentuar, aunque ligeramente, algunos de sus trazos más enérgicos, á los que despues hemos de prestar mayor estudio.

En primer término, se nota en los habitantes de Rocha un espíritu de localidad marcadísimo.

Tienen un orgullo visible por todo lo que se refiere á su Departamento, y cuando de él se alejan, es raro que no se congreguen en puntos determinados como vinculados por estrecho parentesco.

Es tambien raro que los hijos de ese Departamento emigren de él, como sucede en otros.

Y este espíritu Departamental, este amor al terruño, se explica, si se tiene en cuenta que Rocha es una de las zonas más distanciadas de la Capital, casi aislada del resto del país por sus poderosos límites naturales, y porque, además, su suelo, lleno de atractivos, vincula á los que viven en él.

Sus risueños panoramas, capaces de satisfacer al más exigente

(1) Estos, como otros datos estadísticos, que á pesar de manifestarse rodeados de duda, los consignamos por proceder de fuente oficial, serán motivo de estudio cuando, más adelante, nos ocupemos detenidamente del asunto que hoy tratamos á la ligera.

paisajista, la vida cómoda que en general gozan los habitantes, pues la fortuna no está tan subdividida como en otras partes, y la conservacion de familias casi seculares, que con tradiciones y prestigio vinculan á numerosos círculos, son tambien causas de ese amor al terruño.

Esto, que se nota desde luego y que merece estudio, determina el espíritu de iniciativa á que hemos hecho referencia.

A esa iniciativa propia se debe el deslinde territorial, casi total, con cercos de alambre y piedra, que producen la paz y el bienestar entre linderos.

A esa iniciativa se debe que San Vicente y Lascano, sin favor oficial absolutamente ninguno, hayan podido adquirir el nombre de pueblos, con recursos de vida que les garante su razon de ser.

Pero no es sólo digno de estudio el espíritu Departamental, sino que el espíritu Seccional se destaca del mismo modo, y es fundados en estas y otras observaciones que hemos de consignar que creemos que Rocha es la zona más preparada para el gobierno municipal, porque es una de las causas que influyen poderosamente en el buen desempeño de las atribuciones del municipio.

Las causas de este espíritu Seccional pueden encontrarse en las notables diferencias de suelo.

Así, por ejemplo, los que viven en las quebradas de India Muerta, con paisajes propios de su zona, con caballos que corren ágiles y veloces sobre pendientes y despeñaderos, con sus ganados livianos y bravíos, con sus aguas manantiales de sabor especial, con sus viviendas en la márgen de un cauce ó al pié de un cerro, por cuya cima ven despuntar el Sol, con sus hogares calentados por los duros troncos y espinas de la sierra, tienen éstas y otras circunstancias, para diferenciarse de los de las llanuras de San Luis, que viven en la estepa, bajo bosques de palmeras y entre inmensos pajonales, que esconden ricas praderas de gramíneas, en las que pacen ganados de más cuerpo que los de India Muerta, y caballos cuya fama es proverbial, y los únicos que en las faenas de campo pueden correr á escape entre los innumerables pozos y montículos que caracterizan el suelo de aquellos lugares.

Y así como se diferencian por el suelo y la manera de ser en la vida pastoril, los de San Luis de los de India Muerta, se diferencian los de los bosques de Cebollatí de los de los esteros y landas de Balizas, por causas idénticas.

Y son estas diferencias las que sin duda alguna determinan esas fisonomías de *pago*, que constituyen el amor de localidad.

Y este amor de localidad y el número de población brasileira, y la cercanía al municipio de Santa Victoria, que allí todos conocen, son causas para creer que Rocha ensayaré con grandes ventajas el gobierno municipal.

Primero, porque en general saben cómo se gobierna el municipio vecino y han podido estudiar sus ventajas y sus defectos; y segundo, porque el gran número de población brasileira con que cuenta el Departamento, está acostumbrada á la vida municipal.

Es también digno de notarse la cultura general del Departamento. Además de la que se nota en su capital, en la que existen centros sociales y costumbres de pueblo adelantado, debe llamar la atención el hecho de sostener dos y á veces tres diarios, con un número de lectores que los asegura vida larga, y que circulan hasta por los más apartados confines de su territorio.

Todo lo que ligeramente dejamos apuntado y que basta para demostrar la importancia de aquella región, aseguran en el porvenir un destino envidiable para el Departamento de Rocha.

Rocha tiene que ser, á la República Oriental, lo que Santa-Fé es á la República Argentina.

Es cierto que eso porvenir puede estar lejano, y quizás nó, — pero á la corta ó á la larga tiene que realizarse.

Allí tiene que ser el mercado de los Departamentos del Este y parte del Sud del país; — allí tiene que competirse con el Uruguay en la exportación de carnes; — allí tiene que desarrollarse la colonización con indisputables ventajas y allí tiene que progresar la agricultura rápidamente. Porque allí hay riqueza propia, suelo espléndido, puertos que tienen que explotarse, y un mercado vecino para sus carnes y sus cereales.

Por allí ha de entrarse á la Provincia de Río Grande una vez perdidas las esperanzas de hacer practicable la barra de ese nombre, ó abierta que sea á la libre navegación la laguna Merín; por allí hemos de recibir gran parte de los productos que importamos del Imperio, lo que por sí sólo basta para asegurar la vida de una vía férrea hasta aquellos lugares; y quién sabe si por allí no entrará gran parte de los inmigrantes que cruzan el mar en busca de nuestras playas.

Quince mil habitantes es poco, muy poco, para un Departamento que tiene 10,183 kilómetros de superficie. Un habitante y poco más por kilómetro, tiene aire demás para vivir.

San Vicente de Castillos tiene que ser el centro de una colonia

agrícola, por más que se intento formarla en Santa Teresa, donde tendrá vida efímera, por razones que pueden demostrarse; sobre el Alférez y San Luis tiene también que desarrollarse la colonización, pero todo esto vendrá cuando los hombres bien dispuestos del Departamento de Rocha puedan ejercer su iniciativa colectiva con las amplias libertades que deben ampararla; cuando el reinado de las instituciones aliente con sus incentivos á los patriotas de corazón y cuando el favor nacional preste su poderoso concurso á los esfuerzos populares.

Pero ¡ay! que antes que eso suceda, ha de pasar todavía por dura prueba el Departamento de Rocha. Antes que eso suceda, ha de tener que prestar al país su concurso de cívico patriotismo y aumentar una vez más sus valientes tradiciones.

Hasta entonces, creemos que toda iniciativa parcial sólo dará por resultado gastar estérilmente el concurso decidido que ha de hacer falta más tarde, cuando llegue la hora de realizarse bajo más dilatados horizontes.

El doctor don Alberto Navarro Viola

El *Ateneo del Uruguay* se ha asociado al duelo producido por el fallecimiento prematuro del doctor don Alberto Navarro Viola.

Deja este laborioso escritor un nombre esclarecido en las letras del Río de la Plata y en el movimiento político y social de su patria, la República Argentina. Sus ideas francamente liberales y la preparacion correcta con que las prestigiaba, hacían presentir en él uno de los *leaders* más autorizados para acentuar en su país la evolucion que debe dar el postrimer saludo á los dioses que se van.

Se ha malogrado, en el concepto de que parecía nacido para recorrer inmensa órbita, el jóven que ya en los treinta y dos años de su existencia, había sido periodista, poeta, maestro: que había lanzado al público con su firma tomos de versos y de prosa; pero incompleta como es su obra, truncada por la mano del destino, es más que suficiente para hacer sonar su nombre entre los más preclaros de la generacion á que ha pertenecido.

LOS ANALES DEL ATENEO se han honrado más de una vez con las producciones del doctor Navarro Viola, y otras han sido ellas objeto de apreciaciones críticas, en que los redactores del órgano de nuestra asociacion han hecho cumplida justicia á los méritos del autor de hermosas é inspiradas poesías y del *Anuario Bibliográfico Argentino*.

Cuando el porvenir le sonreía, vióse detenido á la mitad de la jornada por el espectro de repentina muerte.

Un éco del dolor que tan triste acontecimiento ha suscitado, va en la siguiente carta de pésame que el Presidente del *Ateneo* ha dirigido á la distinguida dama que hoy llora en solitaria viudez, la pérdida irreparable del compañero de su vida:

Señora doña María Luisa Basavé de Navarro Viola.

Señora:

La Junta Directiva del *Ateneo* me ha encargado de dirigir á Vd. sus manifestaciones de pésame con motivo del fallecimiento de su ilustrado esposo el señor doctor Navarro Viola.

Debe este centro al distinguido finado interesantes y frecuentes servicios por él prestados en su calidad de miembro corresponsal, habiendo desplegado una dedicacion á la altura del talento y del noble amor á la literatura y al progreso intelectual que lo hicieron remarcable entre los hombres de su generacion y que justifican el movimiento de dolor que la nueva de su pérdida ha producido en esa y en esta orilla del Plata.

En este *Ateneo* su memoria queda incorporada á la de aquellos de sus miembros que mayor aprecio y honor han conquistado con su laboriosidad y con sus luces, en la adhesion á la causa que nos es comun.

Deseando que este testimonio de los sentimientos del *Ateneo* y tantos otros análogos con que ha sido lamentada la temprana muerte del doctor Navarro Viola, sean parte á mitigar el profundo y legítimo dolor de su esposa y familia, tengo el honor de saludar á Vd. con mi más elevada estimacion.

Montevideo, Agosto 9 de 1885.

José SIENRA CARRANZA,
Presidente.

Cárlos Casares,
Secretario.

El libro de don Diógenes Decoud

POR EL DOCTOR DON JOSÉ SIENRA CARRANZA

(Conclusion)

IV

Las peripecias del descubrimiento, las indecisiones de la fortuna del descubridor, la tenacidad de su empeño, sus febriles vigiliass, sus entusiasmos, sus fracasos en la peregrinacion de córte en córte mendigando el apoyo de los poderosos, sus ardides y sus ansiedades ante el desaliento y la rebelion de las tripulaciones supersticiosas y aterradas en las débiles carabelas sobre el inmenso mar, su hora de júbilo supremo ante la móvil luz que denuncia la buscada tierra al ras del horizonte, en medio de la noche, — esta odisea, esta epopeya, este himno que concluye en las notas de la accion de gracias al Creador, religiosamente entonada por los alborozados navegantes, de rodillas en el puente del bajel, — son recuerdos que no vienen á la mente de un hijo de la América sin que el corazon emocionado se deshaga en bendiciones al nombre de Colon.

Su gloria está así, no sólo arriba de las diatribas que la agravian y de las críticas que la discuten, sino tambien de todo elogio y de toda ponderacion. Su fundamento inconmovible se encuentra más que en la argumentacion de sus apologistas, en el unánime sentimiento de la humanidad reconocida.

Pero el autor de « La Atlántida » halla en el camino de su obra al sublime personaje, y cumple su obligacion de exámen y de sentencia.

Oigámosle en su síntesis.

« La grandeza de Colon no consiste precisamente en el descubrimiento de la América, porque los hechos no se juzgan por el resultado imprevisto ó afortunado, sino por el móvil consciente que los produce. Es atributo del genio la inspiracion, son sus manifestaciones la perseverancia y la lucha, su consecuencia el

« triunfo y su recompensa la gloria. Pero lo extraordinario no forma la gloria, sino su éxito. El nombre de Colon es grande por su abnegacion en abrazar una idea que, en los tiempos en que fué concebida, era un sueño, una quimera y una herejía, por su tenacidad de veinte y cinco años en conseguir un propósito y su afan de quince años por alcanzarlo, por su heroismo admirable en lanzarse á los mares misteriosos, terribles por la leyenda; por haberlo cruzado el primero y por haber roto con las preocupaciones intolerantes despejando el horizonte ó inaugurando la senda que condujo á la más prodigiosa de las conquistas humanas. »

La complejidad ontológica de este fallo se resiente de las dificultades que ofrece la autopsia moral del genio desarticulando sus elementos y examinándolos aislados en busca de la base local, del punto de apoyo, ó del foco de su esplendor y su grandeza.

La personalidad titánica de Colon no se destaca, con su noble y melancólica hermosura, sobre el cuadro de la historia por el prestigio de su abnegacion, de su tenacidad, de su afan ó su heroismo abstractamente admirables, sino por el conjunto armónico ó indivisible de su vida y de su obra, — no pudiendo decirse que su gloria sea independiente del hecho del descubrimiento, y que consista en haber cruzado el primero los mares misteriosos ó inaugurado la senda de las prodigiosas conquistas, porque las conquistas no se conciben, ni el extremo del Océano se habría hallado, ni la crónica hubiera guardado el relato de las vicisitudes del aventurero genovés, si ante la proa de sus naves no hubiese aparecido la tierra americana, que, al abrir su regazo visionario, lo transfigura en el genio.

La grandeza de Colon... ¡ah! en la más positiva filosofía (y es el caso de adoptar la filosofía más positivista) no constituye un objeto de análisis y de exámen minucioso, de severa apreciacion de antecedentes y consecuencias. El genio es el designio consciente, y el esfuerzo perseverante, y el éxito afortunado. — ¿Qué buscaba Colon en medio de sus vigiliass, y qué encontró en el día de su triunfo?

La Europa se asomaba á la orilla del Océano y lo veía extenso, inmensurable, sin otro límite que el del horizonte huyendo siempre sobre las aguas delante del viajero, que debía retroceder espantado antes de llegar á la region de los torbellinos del abismo.

Cristóbal Colon sueña con el Asia, y adivina la ribera opuesta del mar, y se apropia la idea de la tierra occidental, y la fija en su

mento, y por ella se fanatiza, *imaginándola* el camino para el país de las especias.

La ilusión del visionario es la India—la visión del genio es la tierra límite del Océano en el ocaso. — ¿Se irá por ésta á aquélla?—La controversia no se traba esencialmente á este respecto. — El obstáculo de las opiniones de la época, de las creencias religiosas, y de la ciencia prevalente, estriba en la conformación del mundo y en la disposición del mar que lo rodea y lo estrecha por todos los rumbos, amenazando con la vorágine de sus precipicios al audaz navegante que pretenda cruzar su inmensidad.

Sobreponerse á esta teoría, apoyada en la superstición, y en la fé, y en la ciencia, de una civilización secular, no es fenómeno asombroso en filósofos y sabios que comprobarán sus nuevas opiniones en el asilo de sus gabinetes ó en las discusiones académicas.

Pero, rebelarse contra las verdades dominantes, apoderándose de un ideal que las niega, encarnarlo en el propio cerebro, pugnar con la indiferencia, con el desprecio y con los ódios, para realizarlo, identificarse con él hasta sacar de sí mismo la persuasión que se comunica á los demás, vencer así los obstáculos y forzar las cooperaciones de reyes y de súbditos, ver con los ojos de la intuición, clara, evidentemente, esférica la tierra plana para los demás mortales, ver tranquilo y apacible el revuelto piélago donde el pavor humano ha colocado los antros de la muerte, despedirse de las últimas costas habitadas cargando sobre sí la responsabilidad de los ayes y las lágrimas que afligen como en un último adiós su partida y la de sus compañeros, y tomar sereno el timón de la nave que corre á lo desconocido, y advertir el siniestro anuncio de la brújula que muestra subvertida la ley de la naturaleza, y saber que la naturaleza no subvierte sus leyes, y oír en torno el murmullo del terror y engañar la ignorancia que lo produce, y oír la ronca amenaza de la turba sublevada y desarmarla por una súplica y una promesa postrera, y no desmayar ni ante la borrasca de los hombres ni ante la monótona é invariable perspectiva del líquido desierto que destroza su esperanza, y mantener, á despecho de todos y de todo, su fé en el equilibrio del globo y en la necesidad de la tierra cuya visión lleva en el alma, y por la virtud de esta visión y de esa fé, sobre las cuales reposa el designio consciente de su empresa, ver brotar de entre las olas la tierra obstinadamente buscada, y dar con ella á la humanidad un nuevo mundo, un nuevo campo á las dilataciones de la vida, nuevas minas á la

riqueza, nuevas fuentes al bienestar y á la abundancia, innumerables elementos y productos á la industria, nuevos senderos á la ciencia, al arte, á la navegación, interminables horizontes á las conquistas de la civilización, y una nueva cuna en los tiempos á la regeneración del hombre y al reinado de la libertad, — todo este prodigio de sufrimiento y de valor, de convicción y de lucha, de aspiración humanitaria, de cálculo científico y de resultado matemático con indefinida trascendencia cosmográfica, económica, social y política, es lo que no puede alcanzarse con los instintos ni con los esfuerzos de la vulgaridad, es lo que la fortuna reserva como apanaje y distintivo de un sér excepcional iluminado con la llama sagrada y portentosa del genio.

Así consideramos nosotros la gloria de Colón, y así creemos que es en el sentimiento de la humanidad agradecida.

No podemos descomponer sus datos constitutivos, no podemos analizar sus fundamentos y detalles, porque rota la integridad, desaparece el prestigio, que reside en el conjunto armónico é indivisible de la vida y de la obra del extraordinario personaje.

V

Al lado, y acaso por encima, de los más altos y generosos propósitos de su grande empresa, obraba en el espíritu de Colón el estímulo del sentimiento religioso, tierno y profundo, que le afanaba con la esperanza de recoger subsidios para la liberación del santo sepulcro y de adquirir nuevas almas para la fé de Jesucristo.

¿Pudo soñar él, acaso, lo que ese mismo intento, lo que la ingenuidad de ese sentimiento de la religión, trocado en medio de conquista, realizaría sobre la superficie de la tierra descubierta por su genio?

La influencia religiosa en la obra del sometimiento de los indígenas y en la vida y en el gobierno del coloniaje, así como su poder trascendental sobre el aspecto y las peripecias de la revolución y del destino de las nuevas nacionalidades de la América Española, es uno de los objetos más graves ó interesantes que pueden ofrecerse al estudio y á la meditación del historiador.

Cuando Francisco Bilbao pedía la desespañolización de Sud-América, lo que quería decir era que la causa de todas sus inferioridades intelectuales, morales y políticas, se encerraba en el catolicismo y en la educación estacionaria ó retrógrada bajo cuya forma se habían modelado los pueblos en el vasallaje de los Reyes Católicos.

Las ideas y el espíritu de la reforma con que los ingleses acudieron á colonizar la América del Norte, habían dado por resultado una sociabilidad diferente, llena de aptitud para la libertad y para la República moderna.

La cuestion es en sí más complicada de lo que aparece en estos aforismos, nacidos de la exageracion con que se aprecian importantes antecedentes, que, si bien entraron como factores capitales, no constituyen la única causa del fenómeno que se estudia.

Al lado de la piedad mística y de las tendencias del catolicismo absorbente hasta la crueldad, intervenían los impulsos caballerescos y generosos de la raza española para determinar su política de colonizacion, que, aunque por una parte no excluía la destruccion de los indios con la mita y la encomienda en los trabajos mortíferos, propendía por otra, á su conservacion, permitiendo, y aún favoreciendo, la fusion de las razas, que ha dado por resultado pueblos de carácter peculiar, semi-europeos, como lo son en su mayor parte los que ocupan países mediterráneos, ú organizando en las misiones sociedades exclusivamente indígenas.

VI

Tratando esta cuestion, don Domingo F. Sarmiento ha observado que la civilizacion inglesa se salvó en sus colonias obedeciendo á la ley opuesta, que tomó de la Biblia, absteniéndose de toda union con el cananeo.

Como el pueblo israelita, cada grupo inglés llevaba consigo á su tierra de promision el culto de su patria de origen, viendo en sus nuevos vecinos la familia impura con quien no debía mezclar su sangre bajo pena del enojo de Jehová, que castiga las faltas de los padres en los hijos hasta la cuarta y quinta generacion.

Así, la colonizacion británica nacida en una migracion espontánea de hombres dirigidos por los estímulos del interés individual, del sentimiento individualista, que dá energía á su raza, y de la aspiracion al goce de la libertad y al *self government*, fuera de la tiranía y los privilegios de la corona y de la nobleza laica ó eclesiástica, tuvo como su principal objetivo el de asegurarse la tierra donde debía levantar su *home*, su hogar, y labrar su campo ó desarrollar su industria preparando el camino para el bienestar y la grandeza de su posteridad. No entró para nada en sus cálculos la mira de catequizar almas para la fé, ni la de aumentar el número de los vasallos de sus reyes.

No buscaba el oro en vetas relucientes en las profundas entrañas de la tierra, sino en el cultivo de sus capas vegetales; ni vió en el salvaje americano un auxiliar, que halló mejor en el esclavo africano. Para sus necesidades, para su ideal, eran inútiles la incorporacion, la conservacion de los indígenas.

El teatro de la colonizacion española fué inmenso; y, aunque sobre él se derramó de un modo asombroso la poblacion de la península, resultaron siempre insuficientes los medios demográficos para la ocupacion de tal mundo.

España, que se había descuartizado con la expulsion de los moros, se desangraba más todavía y hacía el desierto en sus campos, sin poder por eso llenar los desiertos de la América con las expediciones de sus conquistadores y colonos.

Los cruzamientos con la raza vencida, los sistemas de mitas, de encomiendas, de reducciones y misiones fueron los recursos de una política abrumada por aquellas circunstancias.

Auxiliares para los conquistadores y los colonos, súbditos para el rey, almas para la fé cristiana, todo esto entraba en el programa impuesto por las dificultades de la empresa y por la índole de sus ejecutores.

VII

El señor Decoud sigue el dictámen de la mayor parte de los escritores de la escuela liberal, cuando examina la cuestion de la influencia religiosa localizándola en la institucion de las misiones.

No pueden ser más bellas las páginas que le dedica:

« El jesuita había llegado cargado de cruces y rosarios, persuasivo é insinuante. Su religion no era de guerra: proclamaba la paz y el consuelo. El dios de los guaraníes era Tupá, un dios inmaterial creador de todo: Tupá siguió siendo su culto. Pero, dijo el jesuita al neófito: Tupá tuvo madre, y entonces la virgen María fué llamada Tupa — sí, madre de Dios. Luego el indio arrojó el amuleto y en su lugar colgó al cuello el rosario: simbolo por simbolo. Creía en la inmortalidad del alma. . . . El fraile le enseñó á creer en un cielo y tres infiernos, de los cuales él podía absol verlo, estableciendo así, en una fórmula explícita, esa nueva base de su dominio. Esto para empezar; — en seguida el catecúmeno recibía sin comprender el agua del bautismo y escuchaba la misa, cuyas ceremonias le recordaban, por las frases latinas, las

« evocaciones incomprensibles de sus *payés*. En realidad sus creen-
 « cias continuaban iguales. Ni el nombre de su Dios variaba; se-
 « guía adorando á Tupá, tal como lo había imaginado, y en con-
 « ciencia no hallaba sino la novedad de exterioridades más afectadas.

« A la salida del sol, en invierno como en verano, la campana
 « de la iglesia congregaba á todos los habitantes de la reduccion.
 « Despues del oficio religioso partían los labradores, llevando en
 « procesion, al son de flautas y violines, una imágen cualquiera,
 « Ceres católica, protectora de las mieses, renovada con frecuencia.
 « Llegados al punto del plantío improvisaban un altar, y empeza-
 « ban á trabajar. El regreso se hacía con la misma ceremonia.
 « Entre tanto las mujeres hilaban el algodón que recibían en pro-
 « porciones iguales todos los sábados, para devolverlo cada sema-
 « na, ó bien bordaban para el altar esa tela laboriosa del ñandutí
 « — tejido de araña — que no tenía otro mérito que el de una pa-
 « ciencia formicular

« En las reducciones mayor tiempo demandaban las atenciones
 « del culto que las del trabajo. El templo tapizado con pieles de
 « tigre estaba siempre iluminado, en honor de un santo ó de una
 « virgen. Por cualquier pretexto celebraban fiestas para distraer á
 « sus neófitos, que á pesar de todo, jamás tuvieron agrado en la
 « labor. Si alguna vez se afanaron en sus quehaceres, fué por com-
 « pensarse despues en la ociosidad ó en la bestialidad de las fun-
 « ciones. Les agradaba llevar el cirio con actitud respetuosa, sufrir
 « las andas que no eran más que un yugo de otra especie, perfu-
 « mar con el incensario, sostener el aspersorio, levantar arcos triun-
 « fales, adornar los altares y entonar los cánticos. Amaba las fiestas
 « porque también podía volver á tomar el arco, revolver la honda,
 « agitarse en las danzas guerreras y penetrar libremente en la selva.
 « Entonces el salvaje se despertaba en él y con placer cazaba otra
 « vez la fiera, la gacela y el ave, que parecían llamarle á su an-
 « tigua existencia de peligros y bárbaras alegrías.

« El guaraní no fué desterrado de las reducciones. Con ser un
 « idioma escaso, salvaje, los jesuitas lo aceptaron entero. Halagaban
 « así las pasiones del sencillo indígena, á la vez que hasta por la
 « palabra lo alejaban más todavía de la civilizacion.

« La cosecha recogida fuó despues un aliento más: aquellas po-

« bres gentes que jamás habían guardado, no atribuían sino á favor
 « divino la abundancia que empezó á reinar.

« Enseñaron al indio el trabajo liviano, lo acostumbraron á las
 « pompas pueriles, lo atontaron en el fanatismo, lo grabaron en el
 « corazón, no la idea del bien por el bien, sino la del bien por el
 « premio, y lo unieron así, ligaron el neófito al jesuita por un
 « mecanismo tan especial, tan sólido, tan duradero, tan premedi-
 « tado, que el creyente se transformaba en bestia y el jesuita en
 « alma. No consintieron la regeneracion del salvaje por la inteli-
 « gencia. No dejaron caer en su cerebro vacío ni un gérmen fo-
 « cundo; lo dejaron árido, estéril, embrutecido.

« De un poder extinguido, del Tuhuantinsuyu, arrancaron el mis-
 « terio de su sistema, y, como allí, fundaron una poblacion de inep-
 « tos, sin iniciativa, sin expansiones ni entusiasmos, incapaces para
 « los grandes destinos de la vida. Su obra terminó como en el
 « reino de los Incas, dejando una multitud sumisa y obediente,
 « preparada para recibir otro yugo, otro amo que seguiría explo-
 « tándolo y que perpetuaría su descendencia en el servilismo.

. El estado estacionario de las misiones demuestra, sino un
 « fin retrógrado, un sistema absurdo, porque la civilizacion no tie-
 « ne manifestaciones de inestabilidad, sino un carácter de progreso
 « constante ó indefinido.

« El sometimiento de los guaraní á un régimen monacal bajo
 « la base de un comunismo aparente, la imposicion de dogmas
 « que no eran comprendidos, y el hecho de persistir en mantener
 « un estado de embrutecimiento invariable, caracterizan definida-
 « mente la institucion de las misiones, y demuestran que su desig-
 « nio no fué civilizador.

« El guaraní de las selvas continuó salvaje bajo la férula del
 « jesuita, que le enseñó sólo aquello que podía dar resultado en favor
 « de la compañía. Despues de haber sido el objeto de un ensayo
 « y la víctima de un sistema, volvió al estado salvaje con sus
 « mismas costumbres, su mismo idioma y sus mismas tendencias.

VIII

El vigor del pensamiento que traza estos cuadros y pronuncia
 estos juicios no resultará desconocido por el hecho de las observa-
 ciones que ellos sugieren.

Delante de los territorios que se extendían hácia el interior del país sometido por Irala y sus sucesores, en las orillas tropicales del Paraná y el Uruguay, la conquista y la colonización española exhaustas de fuerzas militares y de elementos de población blanca, debían detener su marcha invasora, dejando el campo librado á la acción de la colonización portuguesa que avanzaba por el Este y por el Norte.

España no tenía elementos para establecer su dominación en aquellas regiones; y el franciscano y el jesuita se ofrecieron para llenar aquel vacío ligando los intereses de la madre patria al éxito de sus ideales religiosos.

Irían á la catequización de los indios, los reconcentrarían en reducciones bajo la bandera del Rey y el estandarte de la fé, y establecerían así el dominio de la tierra ganando almas para el ciclo.

IX

Se ve que no consiguieron los jesuitas formar en las reducciones sociedades como las que nacieron alrededor de los grandes centros políticos del coloniaje. No lo intentaron, y podemos decir que habría sido, ya que no insensato, ilusorio todo intento.

Su base demográfica estaba en aquellas tribus errantes compuestas de hombres que jamás habían conocido hábito ni idea de civilización, que siempre habían vivido alimentándose de la caza, de la pesca y de las frutas silvestres, sin abrigo contra la intemperie, y sin más vínculo entre ellos mismos que el del instinto de la unión para la guerra feroz con el enemigo que les disputaba los dones de la naturaleza.

Vencer sus desconfianzas, apoderarse de su afecto, atraerlos á un centro común, imponerles el yugo de una dirección determinada, someterlos á la ley del trabajo, del amor y del auxilio recíproco, del orden y de la justicia, darles, en fin, un estado de civilización, por primitivo que éste fuera, y todo esto por el poder de la palabra, de la persuasión, inerte y pacífica, sin medio alguno de fuerza, de terror, ó de violencia, es una obra asombrosa, cuya condenación no puede ser pronunciada en absoluto sin que para ello vacile el ánimo del historiador ó el filósofo.

Dados los tiempos, los medios, y los objetos, la cuestión no se plantea exactamente diciendo: las misiones fueron la obra de siglo y medio, á cuyo término, suprimida la tutela de los jesuitas, los

pueblos que les estuvieron sujetos se hallaron en la incapacidad de continuar la vida civilizada y volvieron al salvajismo de que procedían; — ni se resuelve agregando: luego el designio de su institución no fué civilizador.

En nuestro concepto, la cuestión rectamente considerada es ésta: ¿la institución de las misiones dió algún bien, ó produjo algún mal, algún dolor, algún retroceso á la humanidad?

X

Una sociedad de libres pensadores que tuviese el espíritu abrasado por la llama de un propósito claro y vigoroso como el que alentaba el alma de Horacio Mann, con la abnegación, con la fé, con la perseverancia de los hijos de Loyola, pensando en el porvenir con el sentimiento y el criterio de Benjamin Franklin y de Juan Jacobo Rousseau, de Augusto Comte ó de Herbert Spencer, una milicia humanitaria que reuniese, en sus móviles y en su conducta y sus tendencias, en su punto de partida y en sus ideales, todo lo grande y todo lo generoso que emana de la religión, de la política y de la ciencia, habría podido realizar en siglo y medio, ó en medio siglo de labor activa y uniforme, la regeneración del indígena en el seno de las misiones, transformando tribus errantes en pueblos definitivamente incorporados á la civilización moderna.

Pero esta creación maravillosa, esa conjunción de las más altas fuerzas morales de la humanidad para tan peregrino y sublime empeño, no se vió en parte alguna durante los siglos XVII y XVIII, ni se verá probablemente jamás sobre la tierra.

Por eso, continuará siendo verdad que la civilización es hija de la vejez de los tiempos; — que las masas sociales no son susceptibles de cambios de forma bajo moldes determinados, como el barro ó el bronce, que el nivel intelectual, industrial, social y político es efecto de una ascensión lenta y gradual de las condiciones del hombre acumuladas por la acción del atavismo, del principio hereditario, de generación en generación; siendo así que los ingleses y los anglo-americanos del día serían inconcebibles en sus actuales instituciones sin los antecedentes de los largos siglos que las han elaborado y radicado en su sér; siendo así que la vida presente de los pueblos hispano-americanos es el resultado de los datos característicos de los elementos del coloniaje, de los sacudimientos de la emancipación, y del revuelto y fortificante concurso

de la inmigración cosmopolita que los modifica hora por hora con nuevas transfusiones de sangre que no son más que agregaciones de sustancias de antiguas sociedades que, á través de las épocas y en la proporción que les corresponde, según aquella ley de la herencia, dan su parte de ideas, de costumbres y de índole, á las futuras nacionalidades de esta América.

Éstas son las vías y la marcha, éste es el proceso de la civilización que se engendra y se perfecciona por la virtud de sus propios órganos, y en cuanto ha podido ser observado por el género humano hasta nuestros días.

Pero, entrar al desierto y á la espesura de las selvas, y llamar las hordas salvajes á la vida de la paz y del trabajo, y reducir las á los hábitos del bienestar y de la justicia, é improvisarlas miembros de una civilización exótica, y pretender fijarlas en tal situación sin mezcla alguna de la sangre, de los elementos etnográficos con quienes aquella civilización es congénita, se nos imagina obra extraña á todo humano procedimiento; y no nos sorprende por su fracaso final, sino que cautiva nuestra admiración por su atrevido ensayo y por su siglo y medio de éxito apacible.

El éxito definitivo, operado dentro de esas circunstancias de medios y de plazo, habría sido contradictorio de las leyes históricas reguladoras de la vida y del progreso social; y no vemos cómo esta consideración ha podido escapar al espíritu sagaz del ilustrado pensador paraguayo que en otra parte de su libro formula esta abultada interrogación: « ¿ Qué tiempo sería necesario para trans-
« formar un pueblo del Asia y suprimir sus resabios endurecidos
« por el hábito en miles de años? »

XI

Ha tenido razón el General Mitre al señalar con especialidad por su mérito filosófico, histórico y político el capítulo IX de « La Atlántida », que trata del despotismo de Francia.

Es un estudio magistral de la célebre dictadura y de sus causas, de los antecedentes que la prepararon, del personaje que la realizó, de las circunstancias accidentales que favorecieron su radicación y de los hechos que le dieron carácter y fisonomía peculiar determinándola como la más abominable de cuantas tiranías hayan avergonzado á la América y tal vez á la humanidad entera.

No transcribimos una página porque no sabríamos elegirla, ni podríamos ponerle punto sin romper el encadenamiento del discurso que debe leerse íntegro. Ni nos es permitido tampoco, por los límites á que debe circunscribirse nuestra tarea, aumentar la extensión de estas líneas, ya impremeditadamente excedidos en las reflexiones á que nos hemos dejado llevar por el interés del asunto.

Si de todo esto pudiésemos prescindir, nos detendríamos acaso en el exámen de una gran cuestión que sugieren las primeras palabras del capítulo de que hablamos.

Cierto es que á veces los pueblos son los cómplices del crimen de sus déspotas, cuya dominación es imposible en un estado social ennoblecido por la virtud cívica, por la conciencia de los fueros y de los deberes anexos á la dignidad del hombre y del ciudadano. Pero ni esta regla general excluye las excepciones, ni es, dentro de ella misma, ineludible la condenación implacable de una nación aherrojada por la fuerza de la tiranía.

Todas aquellas causas que el mismo señor Decoud designa como explicación del advenimiento del despotismo de Francia, son otros tantos capítulos de la defensa del pueblo paraguayo en su memorable infortunio.

No tenemos por qué ser implacables con él; porque en el día en que se halló dueño de sus destinos se encontraba desprovisto de aquel capital de ideas, de hábitos, de ciencia y de experiencia, de saber y de virtud, necesario para la felicidad de las sociedades, que no le había sido dado por la educación del coloniaje; y su caída bajo la sorpresa urdida por el genio de la tiranía es una calamidad que la justicia no puede mirar con ceño adusto, sino para execrar al hijo del pueblo que en vez de poner al servicio del bien y de la libertad de su país las facultades de su inteligencia cultivada en la Universidad de Córdoba, las convirtió en fuerza de destrucción, de opresión, de martirio y de oprobio, poniendo el pié y la daga sobre el cuello de la patria cuyo honor y glorificación debían haber sido la obra de su ilustración y su talento.

¡ Ah! nó, no debemos ser implacables con los pueblos oprimidos; porque su complicidad en la sumisión á la tiranía no puede nacer sino de la impotencia, hija de la ignorancia y del atraso, que no es su culpa, sino la culpa de los tiempos ó de la incapacidad de sus conductores.

¡ Ah! no debemos ser implacables con los pueblos oprimidos, porque cuando en ellos está el nivel social que marca la temperatura

regular de la libertad, necesitamos contener la condenacion, y averiguar en qué clase de celadas, en qué género de accechanzas ha sido envuelto y se le han arrancado las armas de las manos y puéstoselas sobre el pecho;—y qué dificultades debe vencer para reponerse de su derrota, qué propicias condiciones necesita reunir para su reivindicacion, ó cuál será la altiva y furibunda explosion de su comprimido resentimiento y de su inexorable desagravio.

Los impulsos del orgullo nacional que se empeñaría en encontrar invariablemente realzado el nombre de la patria por la limpidez de su honor y su decoro y por el esplendor de su gloria, explican aquella desazon y aquella irreverente amargura con que un ciudadano digno que abomina el servilismo, sacude de sobre sus hombros toda solidaridad con la patria esclavizada, y traza implacablemente, sin atenuacion, el cuadro de la prostitucion de Roma besando la mano que la azota y la deshonorra, danzando en las fiestas incendiarias de Neron, ó revolviéndose silenciosa, muda de terror, en el lecho repugnante de las voluptuosidades de Tiberio.

Comprendemos el noble despecho del ciudadano que llega á ser implacable con la patria que no ha correspondido á los tesoros del amor que él le profesa, y que por su propia culpa no es tan grande como él la querría, como él la ha soñado, como podría serlo por los preciosos dones de la naturaleza que rebosan en su seno.

El capítulo es hermoso, sin que en su tono se acentúe la influencia de este fenómeno moral que por nuestra parte hemos entrevisto en la manifestacion de su primer párrafo. El desarrollo tiene toda la serenidad del alto espíritu filosófico que, segun queda dicho, lo dá el carácter del mejor y más completo estudio del asunto á que se contrae.

En nuestro concepto, el pueblo paraguayo puede ser vindicado, en su índole moral, y en sus naturales tendencias sociales y políticas, de todo cargo por la ignominia de la tiranía de Francia, y ésto por la apreciacion extrictamente justa de los datos contenidos en el mismo capítulo.

XII

El cuadro de la tiranía de Francia es en este libro del señor Decoud como un canto del Infierno de Danto, aterrador por las imágenes que evoca, no obstante la magia inspirada del poeta que nos arrastra á su contemplacion.

Los cinco capítulos siguientes hasta la terminacion de la obra, son, en cambio, una inundacion de luz, propia para ahuyentar todo aquel cúmulo de tinieblas. Es en ellos que la América actual desfila delante de los ojos del lector, abriendo la marcha Washington, el primero y el mejor,—y apareciendo las asambleas, y las muchedumbres, y los ejércitos,—siguiéndose unos en pos de otros los pronunciamientos en que se dá el grito de la revolucion, las juntas populares que la organizan legalmente, y los congresos que proclaman la independecia y deslindan las nacionalidades,—las milicias yankees, los llaneros de Colombia, los gauchos del Plata y los granaderos de los Andes,—las escaramuzas y las batallas y las matanzas, Lexington y Yorktown, Carabobo y Junin, San Lorenzo y Maipú,—los precursores sacrificados y los héroes vencedores, Tupá-Amarú, Hidalgo, Morelos y Miranda,—Bolívar, Sucre y Paez, y San Martín, Belgrano y O'Higgins,— los pueblos en sus supremas decisiones, las batallas con su eléctrico estruendo, los mártires con su resignacion sublime, y los adalides en sus nobles aposturas despidiendo de sus aceros los reflejos del sol de la victoria, ó envainándolo como Washington, por ser el primero en la paz y en el corazon de sus conciudadanos, ó dejándolo caer de las manos para ir al ostracismo como San Martín ó para morir en su camino como Bolívar:—sobresaliendo por encima de todo este hacinamiento de hombres y de sucesos, el hecho histórico culminante de la definitiva emancipacion de las Américas y la radicacion definitiva del dogma y del gobierno republicano, síntesis de existencia y de esencia ante la cual se levanta en el Sud, como una cuestion preñada de misterios, el enigma de las fórmulas secundarias aún no concluyentemente resueltas en los Estados-Unidos del Norte.

Todo esto está en « La Atlántida » correcta y brillantemente desplegado, correspondiendo en su punto final á su comienzo y al resto de la obra.

Aprovecha, interesa y cautiva esta lectura; y á su terminacion, los que conocen la juventud del autor lo saludan como una de las más bellas esperanzas de las letras y de la historia de América, que, seguramente, no necesitarán aguardar largo tiempo los nuevos frutos de tan privilegiada inteligencia.

Entre libros y periódicos

APUNTES DE UN BIBLIÓFILO

POR DON LUIS D. DESTEFFANIS

XXV

NECROLOGÍA

Italia ha perdido en ménos de dos meses dos de sus más esclarecidos filósofos: TERCENCO MAMIANI Y AUGUSTO VERA.

El conde TERCENCO MAMIANI DELLA ROVERE nació en Pesaro — patria de Rossini — en Diciembre de 1799 y falleció en Roma el 21 de Mayo del corriente año, — un día antes de la muerte de Víctor Hugo. Cultivaba con éxito las bellas letras, cuando en 1831 estalló la revolucion en Bolonia, siendo llamado el jóven Mamiani á ocupar la cartera de Ministro de Gobierno. Las armas austriacas ahogaron aquel generoso movimiento y convirtieron al Ministro en prisionero, dándole hospedaje en los famosos *Piorabi* del palacio ducal de Venecia, de donde le sacó la intervencion diplomática del gobierno francés. Emigró á Paris, donde residió hasta 1847, publicando sus primeros trabajos filosóficos («De la renovacion de la Filosofía Italiana», 1834. «Diálogos de la ciencia primera», 1846), alternados con poesías (recogidas por primera vez en 1846 y por segunda, adicionadas, en 1847) y con escritos políticos que contribuyeron poderosamente á la formacion del partido monárquico constitucional que debía cooperar despues tanto á la liberacion de Italia. Pío IX, que no le quería mucho, le nombró, en vista de su popularidad, Ministro primeramente de Gobierno y despues de Relaciones Exteriores (1848). Fugado el Papa, Mamiani combatió la formacion de la república, siendo opuesto — como lo fué en toda su vida — á los clericales, lo mismo que á los republicanos intransigentes. Devuelta Roma al Papa, Mamiani se retiró á Génova, donde fundó (1852) la *Sociedad de Filosofía Civil Italiana*. En

1875 Génova le eligió Diputado á las Cámaras y el Gobierno Sardo le nombró Catedrático de Filosofía de la Historia en la Universidad de Turin, de donde le sacó Cavour, á los tres años, llamándolo á ocupar la cartera de Instruccion Pública en el primer Ministerio del nuevo reino de Italia. Muerto Cavour, fué enviado en calidad de Ministro, primero á Berna (Suiza) y despues á Atenas (Grecia), sobre cuyas ruinas envió á la *Revista Contemporánea*, de Turin, dos cartas admirables. En 1865 fué nombrado Senador, y en esta alta Cámara desplegó hasta sus últimos días una puntualidad notable, tomando varias veces la palabra, y siendo sus discursos parlamentarios modelos de elegancia, aunque no exenta de afectacion.

Ni las ocupaciones diplomáticas, ni las tareas parlamentarias habían agotado la fecundidad de Mamiani. En 1853 coleccionó sus escritos políticos; en 1859 apareció su famoso ensayo sobre un *Nuevo Derecho Europeo*, traducido en varios idiomas y que es un proyecto de confederacion europea monárquico-constitucional. En 1865 publicó su más extensa obra filosófica, *Confesiones de un metafísico*, donde nos hace asistir á la evolucion de su espíritu, que del positivismo aristotélico pasó al espiritualismo platónico. De esta obra hizo una crítica respetuosa, pero punzante, el eminente filósofo racionalista italiano Ausonio Franchi, bajo el título de *Ilusiones de un metafísico*.

De las altas cuestiones políticas y filosóficas, élévase Mamiani en seguida á las religiosas, en sus dos obras: *Teoría de la Religion y del Estado* (1872), *La Religion del Porvenir* (1876) y en los artículos con que engalanaba el periódico por él dirigido en Roma, *La filosofía de las escuelas italianas*. Colaboraba además en la *Nueva Antología*, donde insertó preciosos fragmentos de sus *Memorias* y un bellissimo elogio fúnebre del Rey Víctor Manuel (1878). El ideal religioso de Mamiani era el cristianismo liberal, volviendo la Iglesia Católica á la sencillez de los primeros siglos de nuestra era, cuando los *cálices eran de madera y los sacerdotes de oro*. Viendo en el pontificado un obstáculo á la realizacion de su poética utopia, Mamiani le combatió en un libro, cuyas pruebas de impresion estaba corrigiendo cuando la muerte vino á acometerle, y que apareció despues (*Del Papado en los tres últimos siglos*). Su muerte fué un digno coronamiento de una vida honrada, gastada toda en servicio y gloria de la patria. Roma le hizo soberbios funerales y Pesaro recibió conmovida los despojos mortales de uno de sus más ilustres hijos.

Mamiani no fué precisamente un genio, como quisieron proclamarlo algunos que (eso es de cajón) no habían leído ni una página de sus libros, ni una estrofa de sus versos; pero fué un escritor notable y que ocupará siempre un puesto honroso en la historia literaria italiana.

*
* *

Temple más robusto de inteligencia tuvo AUGUSTO VERA, quien hubiese podido llegar á ser un gran filósofo original, si no se hubiese espontáneamente encerrado en el círculo papiliano del Hegelianismo. Enamorado de Hegel, tradujo y comentó sus obras en francés, y enseñó sus doctrinas desde las cátedras universitarias de Francia y de Italia.

Nació en 1813 en Amelia (Italia) é hizo excelentes estudios preparatorios, los que completó en Suiza, mereciendo ocupar una cátedra en el célebre instituto de Hofwyl, cerca de Berna, de donde pasó á Francia ocupando una cátedra en la Universidad de Paris hasta el año de 1852, en que, por sus ideas políticas liberales, se retiró á Londres, colaborando en el *Athenaeum* y redactando *L'Emporio*, periódico trilingüe: italiano, francés é inglés, en cuyos tres idiomas escribía Vera con igual facilidad.

Reconstituida en 1860 la nacionalidad italiana, Vera regresó á su país, y Terencio Mamiani, entonces Ministro y que acababa de fundar en Milan la Academia Científico-Literaria, confió á nuestro hegelianista las cátedras de Historia de la Filosofía y de Filosofía de la Historia; cátedras que pasó despues á ocupar hasta sus últimos años en la Universidad de Nápoles, en cuyas cercanías murió á principios del mes pasado.

Inteligencia vastísima, pero muy exclusivista, Augusto Vera fué uno de los sacerdotes más entusiastas del dios Hegel, en cuya defensa rompió denodadamente más de una lanza y ante cuyo altar quemó tanto incienso, que el humo envolvió al turibulario, impidiendo se descendiera su personalidad.

Hé aquí la lista de sus obras, tomadas del excelente *Dizionario Biografico degli Scrittori Contemporanei viventi*, compilado por el esclarecido polígrafo Angel De Gubernatis:

En latin (tesis de láurea):

Platonis, Aristotilis et Hegelii de medio termine doctrina.

En francés:

Problème de la certitude ;
Introduction à la philosophie de Hegel ;
Essai de philosophie Hégléenne ;
Mélanges philosophiques ;
L'Hégélianisme et la philosophie ;
Cavour et l'Eglise libre dans l'Etat libre ;
Strauss. L'ancienne et la nouvelle foi ;

Traduction et commentaires des Oeuvres de Hegel. (Publicó las siguientes: *La lógica*;— *La filosofía de la naturaleza*;— *La filosofía del espíritu*, y *La filosofía de la religion*).

En inglés:

Introduction to speculative Logic and Philosophy ;
Inquiry into speculative and Experimental Science ;
History of Religion and of the Christian Church (traducida del alemán de Bretschneider).

En italiano:

La pena di morte ;
Prolusione alla Storia della Filosofia:— epoca Socratica ;
Prolusione alla Filosofia della Storia ;
Amore e Filosofia ;
Due frammenti ;
Lezioni sulla Filosofia della Storia (transcritas y publicadas por su aventajado discípulo Rafael Mariano, á quien se debe un notable trabajo sobre *La Filosofía contemporánea en Italia*, escrito en francés y que forma un tomo de la acreditada *Bibliothèque de Philosophie contemporaine*, editada por la casa Germer Baillièrre (Alean sucesor) de París);

Problema dell'assoluto. (Publicáronse dos partes. El ilustre autor murió acabando esta obra, que consideraba como su *testamento filosófico* y el fruto más preciado de sus largos y profundos estudios.)

En la floreciente edad de 23 años falleció en Londres JAMES WILLIAM DAVISON, quien había sabido adquirir en poco tiempo la reputación de uno de los primeros críticos musicales ingleses. Dirigió el *Musical World* y colaboró en el *Times*, en el *Musical Examiner* y en el *Graphic*.

*
* *

En Mennecey (Francia) murió el afamado médico alienista Próspero Lúcas, cuyo *Traité philophique et physiologique de l'hérédité naturelle dans les états de santé et de maladie du système nerveux*, es una obra original, acreditada y « que hace fé en materia de fisiología morbosa », como dice un periódico francés.

Francia perdió además al publicista GASTON VASSY, cronista del *Figaro*, y al erudito conservador de la Biblioteca Nacional de París, DESIDERIO RAVENEL, á quien se deben muchas publicaciones de trabajos literarios ajenos y propios. Entre estos últimos descuella uno sobre *J. J. Rousseau, sus amigos y sus enemigos*; estudio concienzudo, hecho sobre documentos y escritos inéditos del gran filósofo ginebrino.

—A Francia, Italia y Suiza pertenecía física y moralmente MARC-MONNIER. Nació en Florencia, en 1829, de padre francés y de madre ginebrina; empezó sus estudios en Italia, los continuó en Suiza y en Francia, y los concluyó en Alemania. Fué escritor, periodista, y por último catedrático de literatura extranjera en la Universidad de Ginebra. Colaboró en la *Revue des deux mondes* y en otros acreditados periódicos suizos, franceses ó italianos. Objeto casi exclusivo de todas sus obras, escritas en francés, era la Italia, que él defendió y dió á conocer en sus bien pensados libros. Entre estos es precioso, y justamente valió á su autor las simpatías de los italianos, el titulado: *L'Italie est-elle la terre des morts?* donde dió á conocer las obras de Leopardi, Giusti, Giordani, Niccolini, Prati, Rosmini, Guerrazzi, Balbo, Amari y otros literatos italianos, poco, nada ó mal conocidos fuera de su país.

Después de muchas publicaciones de circunstancia, tales como:

La Conquete des deux Siciles (1860);
Naples et les napolitaines (1861);
Historie du brigandage dans l'Italie méridionale (1862);
La Camorra (1863);

Fouilles de Pompéi (idem);
Naples hérétique et panthéiste (idem);
Pompei et les Pompéiens (1864);
Naples et le brigandage (idem);
Le mouvement italien à Naples (1865);
Les frères Pandiera (idem);
L'Italie à l'œuvre (1868);
Un aventurier italien au XVIII siècle (1884);

ó infinidad de artículos políticos y literarios. MARC-MONNIER quería consolidar su fama con una obra de pulso, la *Historia del Renacimiento*, de la cual la acreditada casa Didot, de París, publicó á principios de este año el primer tomo, que parte del *Dante* y llega hasta *la Reforma*. El autor murió en medio á las alabanzas que la crítica europea ha hecho, casi unánimemente, á ese primero y, desgraciadamente, último volumen de su obra capital.

*
* *

Las ciencias históricas han tenido en Alemania una gran pérdida con la inesperada muerte del doctor VICTOR GRAMICH, director del *Historisches Jahrbuch*, nacido en Landau en 1854. — Sus notables artículos sobre la *Historia Universal* de Ranke, le habían dado una merecida notoriedad.

*
* *

Además de Mamiani y de Vera, las letras italianas han experimentado este año muchas y sensibles pérdidas.

Las más sensibles son las siguientes:

El padre don RAFAEL GARRUCCI, jesuita, nacido en Nápoles en 23 de Enero de 1812, murió en Roma el 5 de Mayo último, mientras corregía las pruebas de impresión del último pliego de su gran obra numismática sobre las antiguas monedas italianas. En el mundo erudito fué célebre la polémica del eminente arqueólogo italiano con el célebre historiador y arqueólogo alemán Teodoro Mommsen.

De la biografía del Padre Garrucci, inserta en la entrega 11 del *Anuario Biográfico* BRUNIALTI, entresaco los párrafos siguientes:
« Merced á un largo y paciente trabajo, llegó á recoger tesoros

de noticias arqueológicas y á comprender y llevar á cabo obras gigantescas que inmortalizarán su nombre y su memoria. Su autoridad entre los arqueólogos y los eruditos era grandísima é incontestable, su fama universal, sus decisiones perentorias, sus batallas con otros estudiosos de la antigüedad coronadas casi siempre por la victoria, y sus escritos altamente apreciados por todos los que cultivan la ciencia, nacionales y extranjeros. Fué premiado por sus obras por la Academia Francesa é inscrito entre los miembros honorarios de la misma, distincion rarísima, tanto que en todo el mundo literario no se cuentan más que cuatro.

« . . . Las obras principales del sabio jesuita son: *Monumenti dell'Arte Cristiana*, en seis gruesos volúmenes, obra que bastaría por sí sola para eternizar su memoria; los *Vetricemateriali cristiani*; y por último la *Numismatica Italiana*, en la cual, á partir del *aes rude*, emprendió ilustrar las monedas italianas hasta nuestros días. Esta obra, que verá la luz dentro de poco tiempo, ha sido concluida por él poco antes de su muerte, y es el último recuerdo que nos deja de una vida laboriosa, gastada toda en beneficio de la ciencia.

« Semejantes obras, fruto de largos estudios, de vastísima erudicion, de profunda ciencia arqueológica, de pacientes pesquisas y de varios viajes científicos, son un monumento de gloria levantado por él, no solamente á sí mismo, en cuyo corazon no cabía la ambicion, sino tambien á la sociedad de que era miembro, y á la iglesia, de que era hijo obsecuente y cariñoso. La propia naturaleza de sus trabajos, dirigidos, en su mayor parte, á ilustrar las antigüedades cristianas, dá á conocer claramente cual fuese su intencion y cual el espíritu que lo guiaba, sostenía y alentaba, á fin de que no desmayase bajo el peso de las fatigas, ni se desalentase frente á los obstáculos y á las contradicciones con que el genio tiene siempre que luchar para vencer la prueba. » (1)

(1) ANUARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL — *Raccolta delle biografie dei più illustri contemporanei*, compilate sotto la direzione del professore ATTILIO BRUNIALTI, da distinti scrittori italiani e stranieri — Torino, Unione Tipografico-editrice torinese.

Es grandísima la importancia de esta utilísima recopilacion mensual, cuyas primeras entregas aparecieron á fines de 1881. — De la biografía del personaje, la enumeracion de sus obras, si es escritor, y la indicacion de los libros ó periódicos más autorizados en que se habla de él. Reproduce amenudo las mejores necrologías y juicios críticos y está destinada á ser un precioso archivo y un indicador excelente para el literato y para el periodista. Las once entregas publicadas contienen ya doscientas setenta y nueve biografías.

Además de esas obras, el padre GARRUCCI dió á luz una gran cantidad de monografías en publicaciones arqueológicas y muchísimos artículos de erudicion en el conocido periódico de su compañía, titulado: *La Civiltà Catolica*.

— La torrecada ciudad de Cremona, dentro de cuyas murallas se complace de haber nacido el borroncador de estas líneas, ha perdido su historiador.

Médico distinguido y cultor de los estudios históricos incansable, el doctor FRANCISCO ROBOLOTTI habíase consagrado con ahineo á la ilustracion de los hechos de su patria, á la par que acudía con celo al desempeño de sus tareas profesionales y á la direccion médica del hospital cívico, acerea del cual había publicado en 1854 dos gruesos volúmenes de *Observaciones*, que fueron alabadas por la *Gazzetta Medica Lombarda* que dirigía en Milan el afamado doctor Strambio — En 1857, el doctor Robolotti daba un ensayo de la prolija y concienzuda preparacion con que iba á escribir la historia de su provincia, publicando, bajo la forma modesta de carta á Federico Odorici — benemérito ilustrador de Brescia, otra provincia lombarda, una lacónica pero minuciosa reseña de los archivos y antigüedades cremonenses (*Dei documenti storici e letterari di Cremona*). En el primer número de *Il Crepuscolo* de Milan, de 1858 — el mejor periódico literario que se publicaba entonces en Italia y era dirigido, como lo dejé dicho en uno de los precedentes apuntes, por el renombrado crítico Cárlos Tenca — hallo sobre ese libro de Robolotti un interesante artículo que, por la abundancia y variedad de la doctrina, creo poder atribuir sin equivocarme á la valiente pluma de Gabriel Rosa, el ilustrado autor de *Los orígenes de la civilizacion en Europa*. En el último párrafo de dicho artículo se dice que « son bellas y preciosas las noticias que dá Robolotti sobre la economía de Cremona, así como aquellas sobre las costumbres, los usos, las fiestas, los juegos. . . . El trabajo concluye con una somera crónica documentada, desde la colonia romana hasta 1796, que Robolotti parece haberse trazado como guía para escribir la historia de su provincia. Nosotros esperamos que ésta, que es la parte más difícil y desagradable de la historia, sea el cimiento del trabajo que su ciudad espera de Robolotti ».

El profesor ATTILIO BRUNIALTI, catedrático de Derecho Constitucional en la Universidad de Turin, publicista distinguido y trabajador incansable, dirige además la importantísima *Biblioteca delle Scienze Politiche*, editada por la misma casa y colabora en la *Nuova Antologia* y en otros acreditados periódicos.

Esta esperanza no tardó en realizarse. En 1859, en el tercer tomo de la *Grande Illustrazione del Lombardo-Veneto*, obra dirigida por el eminente historiador CÉSAR CANTÚ, apareció la primera *Historia de Cremona* de Robolotti. El solo hecho de ser admitida á formar parte de tan acreditada coleccion y el otro más importante aún de haberla copiosamente anotado el mismo insigne autor de la *Historia Universal*, cuyos conocimientos en las particularidades de la historia de su patria son verdaderamente asombrosos, basta para elogiar el trabajo histórico de Robolotti y justificar la tirada especial que de él se hizo.

Agotada ésta, el doctor Robolotti volvía sobre su obra, á la que, para atenerse á la economía de la *Grande Illustrazione*, había tenido que dar una forma sumaria, y al cabo de muchos años (en 1880) apareció el primer tomo de su segunda *Storia di Cremona*. Trabajaba en el cumplimiento del segundo y último tomo, cuando fué acometido de la enfermedad que, despues de muchos meses de sufrimientos, le llevó al sepulcro á la avanzada edad de 83 años, el 6 de Julio de 1885.

L'illustrazione Italiana del 12 del mismo mes y año, al dar la noticia del fallecimiento del historiador cremonense, hace su elogio en estos términos: « El doctor FRANCISCO ROBOLOTTI, médico, literato, historiador, erudito ilustrador de las patrias glorias de arte, alma cándida, piadoso, de un corazon virgen de toda pasion que no fuese noble y gentil. Él fué uno de los creyentes más sinceros, pero su fé religiosa no le sirvió nunca de obstáculo para saludar con regocijo cada conquista de la revolucion italiana. »

— En el manicomio de Bari falleció el maestro napolitano NICOLÁS DE GIOSA, autor de dos óperas bufas que tuvieron en Italia mucha aceptación: *Don Checco* (Don Pancho) y *Napoli in carnevale*.

¡Triste irrisión de la suerte!

¡Escribir música festiva y morir demente!

Tenía 65 años.

— LUIS BELLAVITA, catedrático de Derecho Civil en la Universidad de Pádua, en cuya ciudad falleció el 25 de Junio, había nacido en Verona en 1821. Dejó unas muy apreciadas *Notas críticas é ilustrativas* al Código Civil del Reino de Italia.

— Literato de mucha valía y publicista influyentísimo fué CELESTINO BIANCHI, director de *La Nazione* de Florencia, uno de los órganos más autorizados del partido monárquico constitucional italiano. Nacido en 1819, daba lecciones para vivir, mientras continua-

ba sus estudios superiores. El célebre editor Le Monnier le empleó en la correccion y anotacion de varios clásicos de su acreditada *Biblioteca Nazionale*. En 1855 fundó el periódico literario *Lo Spettatore*, que tuvo breve pero honrosa existencia y contó entre sus colaboradores á Nicolini, Tommaseo, Vannucci, Bonghi y otras celebridades literarias. Recogía materiales para una *Historia de Toscana*, bajo el gobierno del gran duque Leopoldo I, cuando el baron Ricasoli le invitó á tomar parte activa en la política. Hízolo así y á principios de 1859 publicó un opúsculo (*Toscana ed Austria*) que produjo gran impresion y preparó la incruenta revolucion establecida en Abril del mismo año, que dió por resultado la caída de la casa de Lorena y la anexion de aquella hermosa provincia al Piemonte. Muerto Cavour (1861) y elevado Ricasoli á la presidencia del Consejo, Celestino Bianchi le siguió á Turin, en calidad de Secretario general. — En 1866, volviendo Ricasoli á la presidencia, Bianchi volvió á su empleo. — Fué por más de 20 años (1860-1882) Diputado al Parlamento, y no es aventurado decir que fué el alma de la *consorteria toscana*: no es éste el lugar, ni la ocasion de juzgar al eminente hombre político toscano. — En estos últimos años había contraído su atencion casi exclusivamente á la direccion de *La Nazione*. — Murió el 29 de Junio.

Entre sus trabajos literarios cuéntase un excelente *Compendio de Historia Moderna* (1).

— Otra de las figuras más espectables de la revolucion italiana es la del general NICOLÁS FABRIZI (1804-1885), de Módena, que desde 1821 tomó parte en todas las expediciones hechas hasta 1867 para libertar á su país. Compañero de armas de Garibaldi en todas sus campañas en Italia y de tareas de Mazzini en todas sus tentativas revolucionarias, sirvió además la causa de la libertad en España militando contra los carlistas. Desde 1861 formó parte de todas las Legislaturas (VIII-XV) y era venerado de todos por sus grandes servicios, su desprendimiento y su honradez.

— No tuvo, por cierto, tan grande popularidad el doctor DIÓMEDES PANTALEONI (Macerata 1804 † Roma 1885), mas no por eso dejó de servir fielmente á su país con su participacion en los cu-

(1) Al indicar que Celestino Bianchi trabajó para el editor Le Monnier, lo hago ateniéndome á lo que dice *L'illustrazione Italiana* de Milan, del 5 de Julio; — pero creo que el articulista confunde á CELESTINO BIANCHI con BRUNONE BIANCHI, respetable sacerdote, á quien se debe un excelente comentario escolar de *La Divina Comedia* y que anotó realmente varios clásicos de la citada coleccion Le Monnier. Fué Secretario de la *Accademia della Crusca*.

cesos políticos, siendo tal su reputacion, que Cavour y Napoleon III le emplearon varias veces en sus tentativas de conciliacion con la Santa Sede. Fué Diputado á la Asamblea Legislativa y á la Constituyente Romana en 1848 y 49, Diputado al Parlamento italiano de 1860 á 1862, y Senador del Reino desde 1873. Tomó parte en las principales discusiones y publicó en la *Nuova Antologia* muchos estudios políticos. — Pero la obra que conservará su nombre es su *Historia civil y constitucional de Roma desde sus orígenes hasta los Antoninos*, de la cual publicó (1881) tan sólo el primer tomo. Acudía al segundo, cuando, el año pasado, fué atropellado en la calle por un bucy; el susto experimentado alteró su salud, que fué decayendo hasta abrirle la tumba el 4 de Mayo de este año.

Pantaleoni era además un médico muy reputado y tenía en Roma una numerosa y rica clientela entre los extranjeros que visitaban la ciudad eterna.

— De Italia volviendo á Francia, hallamos que este país ha perdido á uno de sus más renombrados pintores, ALFONSO DE NEUVILLE, nacido en 1836, discípulo de Meissonier, y cuya especialidad era pintar batallas y escenas militares.

Celebridades contemporáneas

POR DON LUIS D. DESTEFFANIS

V

VÍCTOR HUGO

(Continuacion)

El imperio Napoleónico derrumbóse de la manera vergonzosa que el poeta había vaticinado desde 1853 en sus terribles y proféticos *Castigos*, y á fines de 1870 Víctor Hugo volvía á su patria tomando su parte de padecimiento en los horrores del sitio de París. A principios de 1871 fué á Bruselas, donde perdió, de un ancuro, al mayor de sus hijos, Carlos, valiente escritor. Mientras, dominando su dolor, trataba de consolar á su nuera y á sus nietecitos, una noche fué objeto de una manifestacion hostil de parte de unos jóvenes *decentes*, afiliados de no sabemos qué sociedad católica, que le tildaban, falsamente, de *comunardo*, y que apedearon *heroicamente* las ventanas de su casa. Víctor Hugo cantó los dolores de la Patria y sus personales desgracias en ese libro épico ó histórico al propio tiempo, que se titula: *El año terrible*.

A su regreso á París, alternaba los trabajos literarios con las funciones de delegado municipal de la ciudad de París y de Senador, oficios que desempeñaba con ejemplar prolijidad. Pero la suerte despiadada, cebábase en asestar rudos golpes al corazón del noble anciano: en 1877 moría, joven aún, su otro hijo Francisco Víctor, el elegante traductor y agudo comentador de Shakespeare, para cuya traduccion escribió Víctor Hugo, además de un prefacio, su originalísimo estudio sobre el gran trágico inglés. Así, de la bella guirnalda de hijos que embellecía años antes su hogar, no le quedaban más que la pobre Adela, loca, y los dos nietecitos, hijos de su

Cárlos, Jorge y Juanita, que el cariñoso anciano hizo ya célebres en su coleccion de poesías: *El arte de ser abuelo* (1).

En el aprecio de sus compatriotas, en el culto de sus admiradores (cuyas exageraciones les valieron el apodo de *hugolatras*, que será consagrado, á la par que censurado, por la historia literaria, pero sobre todo en la labor incesante, cuyos frutos veíanse todos los años en los romances y poemas que se iban sucediendo, hallaba el ilustre anciano un consuelo á sus males domésticos. — Edmundo de Amicis que (como puede verse en sus *Retratos literarios*) refirió los pormenores de la visita que le hizo, nos habla de los cuidados celosos con que la familia del poeta procuraba evitarle las visitas importunas y las delicadas atenciones de que le rodeaba. Otro tanto se desprende de la relacion de la visita de Miguel Cané (consignada en su bello libro *En viaje*).

Habíase reconstruido un hogar, lujosamente amueblado, puesto que quedóle hasta lo último la pasion por los muebles históricos, y era éste, segun parece, el único lujo que se permitía, siendo abundante, pero sencilla, su mesa, y limpio, pero modesto, su modo de vestir.

De estatura mediana, de formas robustas y excelente salud, trabajaba de pié, diez horas diarias; su distraccion favorita era subirse por la parto delantera sobre la imperial de un *omnibus* paseándose, al acaso, por París.

Hacían ya algunos años que el aniversario de su nacimiento volvíase una fiesta para la gran ciudad, *el cerebro del mundo*, como él solía llamarla con entusiasmo sincero; acostumbraba él dar, en ese día, un banquete en el Hotel Continental á los artistas y literatos sus amigos, y una comida en su casa á los niños pobres de su barrio: — sabido es que Hugo amaba á los niños con locura y les cantó con afecto y felicidad tal, que el editor Hetzel (conocido en el mundo de las letras bajo el pseudónimo de P. J. Stahl) ha podido entresacar de la obra poética hugoniana todo un precioso tomo enteramente consagrado á los niños (*Les Enfants*), que quedará como una de las más estimables joyas de la poesia fran-

(1) La viuda de Cárlos Hugo casóse en segundas nupcias con el Diputado Eduardo Lockroy el 3 de Abril de 1877; Victor Hugo vivía en casa de la señora Drouet, que habíale salvado la vida en 1851 ayudándole á evadirse; la familia Lockroy habitaba la casa vecina (en la avenida llamada el año pasado *avenue Victor Hugo*); abrióse una comunicacion entre las dos casas, viniendo así á reunirse la familia.

cesa. — Los diarios de Paris de este año daban complacidos los pormenores del banquete del 26 de Febrero último; de ellos aparecía gozar el gran poeta de buena salud y robustez, de manera que podía prometerse muchos años de vida más y abrigar la esperanza de ver concluida la nueva y lujosa edicion nacional de sus *Obras completas* (ilustradas por los primeros artistas de Francia y editada por J. Lemonnyer, París), cuya primera entrega le fué presentada en ese mismo banquete y que los editores calculan acabar en 1889. . . . Lejos de ello, la noticia de su muerte nos ha dolorosamente sorprendido el 22 del pasado mes de Mayo (1).

Ciudadano ejemplar, cumplió con celo, y sin esquivar molestias y peligros, los oficios públicos de que fué investido; — hijo cariñoso, padre amorosísimo, ha sido amigo leal y socorredor de los menesterosos, aunque estaba al propio tiempo poco dispuesto á dejarse explotar por los mártires postizos que trataban de sorprender su buena fé y que se vengaron de haber visto por él burlados urbanamente sus cálculos, tildándole injustamente de avaro. — Tampoco es verdad que exigiese sumas fabulosas de los editores; pero sí hallaba injusto que éstos enriqueciesen á expensas de los autores. — Pero no ha cometido en su larga vida una sola bajeza por venalidad: y habiéndosele ofrecido un millon de francos para ceder á perpetuidad sus derechos de autor sobre los *Miserables*, rehusó, prefiriendo recibir tan sólo la mitad, enajenándolos por 15 años, *porque, decía, el desprenderse en absoluto un autor de la propiedad de sus obras, es como si un padre echara por siempre de su casa á sus hijos y no queria ser rico á tan subido precio.*

Teniendo un alto concepto de sí mismo, fué muy sensible á las críticas y á los elogios y agradecía las muestras de admiracion y de veneracion que prodigábanle propios y extraños. — Todos recuerdan los agasajos que prodigó en su casa al Emperador don Pedro II, cuando este ilustre monarca fué á visitarle y á sentarse á su mesa. — El ensimismamiento no es por cierto una virtud, pero el manifestarlo, sin embargo, es mejor que el afectar, como otros grandes hombres lo hacían, una exagerada modestia. — Ni ¿cómo podía, por otra parte, sustraerse á ese defecto un hombre á quien tres generaciones de literatos saludaban como Maestro? que sabía ser su nombre reverenciado por ambos mundos; que en el Senado,

(1) Véase el apéndice número I.

en el teatro, en el cementerio, en la calle, se veía objeto de continuas ovaciones? (1) — No extrañemos, pues, ese alto concepto que de sí mismo tenía Víctor Hugo y que hallamos, con el propio desparpajo de Dante y de Heine, en sus obras; no le extrañemos, ni le condenemos; pero tengámosle presente para no aceptar sin beneficio de inventario sus apreciaciones acerca de sus contemporáneos, á quienes trató, *casi siempre* (2), con arreglo á las relaciones personales que con él tuvieron y lanzó el anatema contra sus adversarios y derramó el incienso sobre sus parciales, de manera que bajo este aspecto, el noble dictador literario de la Francia moderna habría podido aplicarse el dicho que á sí mismo aplicábase el terrible Sila, dictador militar de Roma, á saber: *Que nadie había sido más bueno que él para con sus amigos, ni más malo para con enemigos.*

Por otra parte, esa parcialidad no le impedía tener un amor inmenso á la humanidad; y ese amor no tan sólo lo tenía *teóricamente*; si bien no quería ser explotado por los *limosneros industriales*, era generoso con los menesterosos, con los niños indigentes y con los literatos sin recursos. Al morir, dejó cincuenta mil francos para los pobres y quiso que su ataúd fuese llevado á su postrer morada en un coche de última clase (3).

Si bien parece que, desde hacen dos ó tres años, habíase debilitado un tanto su facultad creadora, conservó, empero, despejada su inteli-

(1) Cuando en 1867 la esposa de Víctor Hugo fué á París para asistir á la representación de un drama de su esposo, notada su presencia en el Teatro Francés, el público se puso incontinenti de pié. Una muchedumbre inmensa acompañó seis años despues á Víctor Hugo á llevar los restos mortales de su hijo Francisco.

(2) Para mostrar que no siempre llevaba Hugo la implacabilidad hasta más allá de la tumba, basta citar este hecho:—Uno de los personajes clavados por el poeta en la picota de la infamia, por su complicidad en el golpe de Estado que dió por resultado la fundación del segundo imperio napoleónico, fué el Ministro Baroche. Ahora bien: el hijo de éste murió heroicamente en 1870, y Víctor Hugo, queriendo que el sacrificio del hijo expiara la culpa del padre, borró el nombre de éste en la nueva edición de los *Castigos*.—Véase *L'Illustration* de París, número de 30 de Mayo.

(3) Háse publicado este fragmento de su testamento:

- « Doy cincuenta mil francos á los pobres de París.
- « Deseo ser llevado al cementerio en un carro fúnebre.
- « Rehuso la oración de todas las Iglesias; pido una plegaria á todas las almas.
- « Creo en Dios. »

Victor Hugo.

Véanse además los apéndices I y II.

gencia hasta sus últimos instantes, y la muerte lo halló firme y serenamente preparado para el gran paso (1).

Tal fué el hombre (2).

Pasemos ahora al escritor.

(Continuará.)

(1) Creíase generalmente que compusiese hasta los últimos meses de su vida. — Parece, sin embargo, según el *Correo de París*, inserto en el número de *L'Illustration*, citado en otra nota que ya hacían cuatro ó cinco años que no escribía más. — Traduzco este trozo interesante:

« Háse preguntado lo que Víctor Hugo, que no escribía más desde hace cuatro ó cinco años, deja en pos de sí *inédito*.

« Hasta 1880 no hubo quizás joven que trabajara tanto como él. No dejaba pasar mañana sin escribir una línea, un pensamiento, un verso.

« Deja aún en su cartera, como se dice: *El Teatro en libertad*. Hay un drama histórico, *Los Mellizos*, de los cuales están acabados cuatro actos: es la historia del prisionero de la máscara de hierro. Tiene un drama moderno: *¿Comerán ellos?* que al principio había titulado *El hambre*. Tiene una comedia, *La abuela*. Tiene un poema entero: *El fin de Satanás*. Tiene una nueva serie de versos satíricos. *Las cóleras justas*. Acabó tal vez una segunda parte del *Noventa y tres*, la guerra extranjera despues de la guerra civil, la frontera despues de la Convención, de la que hablaba amenudo. Tiene, sin duda, algunos otros trabajos que yo olvido. Una noche, tres años ha, él nos decía, sonriéndose ingenuamente, y como si los libros de que hablaba hubiesen sido cosas ordinarias:

« Puedo ahora dejar de escribir una sola palabra más. A tomo por mes, se podrían publicar obras mías inéditas durante un año.

« *¡Doce volúmenes!*

« *¿En dónde están ahora (independientemente del genio) trabajadores de esta especie?* — Víctor Hugo, en su testamento, fechado en París á los 23 días de Setiembre de 1875, encarga á los señores Pablo Meurice, Augusto Vacquerie y Ernesto Lefevre de la publicación de sus obras inéditas, divididas en tres series: obras concluidas, obras no ultimadas, pensamientos y apuntes, dejando á su albedrío la oportunidad de la publicación y fijándoles un honorario de quince por ciento sobre los beneficios que produzcan las obras de la primera serie; 25 p.₳ por la segunda, y 50 p.₳ por la tercera. Destina la suma de cien mil francos para la impresión. Autoriza también á dichos señores—quienes aceptaron todos sus mandatos—á publicar su correspondencia, eligiéndola con esmero, *en virtud del principio que las cartas pertenecen, no al que las recibe, sino al que las escribe*. Les fija para este trabajo el 50 p.₳ sobre los beneficios.

(2) Véase el apéndice número III.

Byron

POR CONSTANTINO BECCHI

Cuerpo de arcángel, alma de poeta,
Fué la belleza causa de su duelo ;
Odió la tierra porque amaba el cielo ;
Presa vivió de una pasión secreta.

No fué el sarcasmo el que á su mente inquieta
Dictó la estrofa en que vertió el anhelo
De su alma mártir, en el triste suelo :
Su lira hermosa supo ser discreta.

Si amargo acíbar su canción destila,
Si de sus versos las brillantes galas,
Aspid ocultan que ponzoña instila ;

Es que luchó con las pasiones malas.
Que amó lo dijo su vivaz pupila :
Un ángel fué, mas le faltaron alas !

Marzo 6 de 1881.
